EL TASSO,

RAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR MR. A. DUVAL,

y traducido al castellano

POR

ON VENTURA DE LA VEGA.

M.O.T.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Julio de 1831.

PERSONAS.	ACTORES.
Alfonso II, duque de Ferrara.	*Sr. Joaquin Caprara.*
Torcuato Tasso. . . .	*Sr. Cárlos Latorre.*
Salviati.	*Sr. Luis Fabiani.*
Belmonte, príncipe napolitano.	*Sr. Antonio Silvostri*
Un alcaide.	*Sr. Agustin Azcona.*
Un diputado de Roma.	*Sr. Antonio Rubio.*
Eleonor de Este, hermana del duque. . .	*Sra. Concepcion Rodriguez.*
La condesa María, confidenta de Eleonor. .	*Sra. Gerónima Llorente.*
Florella.	*Sra. María Fabiani.*
Una camarista.	
1.er Cortesano.	
2.° Cortesano.	
Un oficial de Palacio.	
Diputados de Roma, cortesanos, pueblo.	

La escena es en Ferrara.

JUNTA DELEGADA DEL TESORO ARTISTICO
Libros depositados en la Biblioteca Nacional
Procedencia
LIBROS
N.° de la procedencia

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un emparrado á la italiana, decorado con tiestos de flores. A la derecha una casita. En el proscenio una mesa de mármol y sillas de jardin.

ESCENA I.

BELMONTE.

Aqui es: no he podido engañarme. Tengo bien presentes las palabras de la princesa. Aun me parece oirla decir en voz baja á la condesa María: "Mañana atravesaremos el parque, saldremos por la verja, entraremos en el bosque, seguiremos la primer calle de árboles, á cuyo fin se encuentra la casita, donde sabremos si nos han dicho la verdad." — He seguido fielmente mi itinerario. Hé aqui la casita. ¡Ah princesa Eleonor! Salir tan de madrugada con una sola camarista... vuestra amiga particular... ¡Oh! Yo tambien quiero saber la verdad. — ¡No sea alguna intriga de amor! El Tasso... ¡Eh! No es posible. La hermana del poderoso duque de Ferrara, tan respetable por sus virtudes co-

721523

mo por su nacimiento... ¡No! ¿Osaria comprometerse... ¡Al fin, quién es el Tasso! Un hidalguillo. ¡No faltaba mas! ¡Y yo que he nacido príncipe apenas me atrevo á mirarla! ¡Es tan orgullosa esta familia de Este!... A la verdad no deja de haber alguna diferencia entre un príncipe sin principado y un duque soberano. ¡Oh fortuna! En vano mendigo tus favores. Yo adulo con destreza, murmuro con gracia, varío á mi antojo de tonos y de formas, y apenas obtengo una mirada de mis soberanos, en tanto que ese poeta tan admirado, ignorante de la táctica palaciega, distraido, brusco, goza de tantos favores, de tantas distinciones. — Ya no puedo soportar mi humillacion. Es forzoso que yo sucumba ó aniquile á ese poeta temerario. Jamas olvidaré que su mas celebrado poema ha infamado á uno de mis ascendientes. ¡Ah! Si mis sospechas fueran fundadas... ¡Alerta, Belmonte! El terreno de la corte es muy resbaladizo... y no conviene atacar sin estar seguro del triunfo. La princesa viene con la condesa. ¡Si pudiera oirlas desde aqui sin ser visto... No. — Ya se acercan. Huyamos. Si que no pueda oir, veré á lo menos lo que pasa desde el bosque.

ESCENA II.

ELEONOR *y* MARÍA.

Mar. ¡Gracias á Dios que hemos llegado!
Ele. Sí, aqui debe ser. Mira el emparrado, las flores, la mesa donde trabaja...

Mar. ¿Pero, señora, qué motivo os conduce aqui tan de mañana?

Ele. ¿No te dije anoche que queria confundir á los enemigos de Torcuato?

Mar. ¿Cuál es su designio? ¿De qué le acusan?

Ele. ¿No has oido decir que el Tasso desde que amanece deja el palacio para venir sigilosamente á este retiro, y que una jóvencita...

Mar. ¡Cómo! ¿Se atreven á decir que Torcuato, un hombre tan célebre por su ingenio, y tan interesante por las dotes que le ha prodigado la naturaleza, no teme degradarse con amores indignos de su mériro? ¿Vos habeis podido creer...

Ele. No, amiga mia. Tan convencida estoy de que han tratado de calumniarle en el ánimo de mi hermano, que si he resuelto dar un paso, tal vez un poco irregular para la hermana de Alfonso, es solo con la esperanza de procurar al duque las pruebas de su inocencia. — De algun tiempo á esta parte se habla muy desventajosamente de la condicion y costumbres de este insigne poeta. La justicia y el afecto que le profeso me ordenan vengarle de sus acusadores.

Mar. ¿Pero no temeis, señora, que esos cortesanos envidiosos interpreten mal vuestra benevolencia? A pesar de la virtud que os distingue, pudieran concebir sospechas...

Ele. No los temo. Me he declarado abiertamente protectora del Tasso, y quiero probar que tiene tantos derechos á mi amistad como á mi admiracion.

Mar. ¡Oh! ¡Cuál se pinta esa admiracion en vuestro semblante cuando escuchais sus versos! Fijos en él vuestros ojos...

Ele. ¿Por qué negar el placer que siento en escucharle? Mi hermano, tú misma, todos participan de mis sentimientos. ¿Quién no admira la espresion de su fisonomía, la mobilidad de sus facciones? — En una mirada de Torcuato se imprime cuanto agita su corazon; y tal es el imperio de esa mirada, que penetra hasta el alma de quien le oye, y esperimenta á su pesar las pasiones que agitan al poeta. Cuando lee sus obras, ¿no han combatido tu pecho, como el mio, mil sensaciones diferentes? Cuando su voz, tan sonora y tan flexible, canta el horror de los combates ó las delicias del amor, el alma, pendiente de sus labios, se deja cautivar por la mágia de sus divinos versos. Habitamos los lugares que describe; vivimos con sus héroes; su amor nos inflama; su dolor nos aflije; combatimos á su lado... ¡Ah, María ¿Qué corazon de mármol no cede cuando l oye á la admiracion que debe inspirar t dia al universo entero?

Mar. Al oiros hablar del Tasso con tal ent siasmo, reconozco en vos á la digna hija Renata de Francia, de aquella muger t superior...

Ele. Sí. Ella ilustró mi entendimiento. Mi he mano le debe tambien ese amor á las cie cias y á las artes, que le ha hecho llan cerca de sí á todos los talentos capaces dar esplendor á su corte. ¡Ah! tal vez á

me será muy pronto forzoso abandonarla.

Mar. ¡Que decis! ¿Será cierto que un próximo himenéo...

Ele. ¿No me ha destinado la política desde mi infancia á servir á los intereses de mi hermano?

ESCENA III.

Las dichas y Florella (1).

Flo. ¿Qué veo? ¡Tan bellas señoras en el bosquecito de mi amigo!

Mar. ¿No veis qué linda muchacha sale de la casita? ¿Si será esta la coquetuela?...

Ele. ¡Es imposible! El candor de su rostro...

Mar. Podrá tener trece años á lo sumo.

Flo. ¡Qué señoras tan curiosas! ¡Me miran con una atencion! ¿Puedo saber á qué venis por aqui, señoras? Lo digo porque á este bosquecillo nadie suele venir por lo regular.

Ele. ¡Cómo! ¿No nos será permitido descansar en él.

Flo. Si no quereis mas que descansar ya es otra cosa. Las dos me pareceis muy buenas. ¡Oh! Y muy bellas tambien.

Ele. ¿Es tuyo este bosquecillo?

Flo. Yo cultivo las flores que le hermosean: mi amigo las aprecia mucho.

Ele. ¡Tu amigo! ¿Quién es tu amigo?

Flo. El que salvó á mi pobre madre de las garras de la muerte, y dirije mi juventud.

Ele. ¡Qué oigo!

(1) *Sale de la casita.*

Mar. ¿Cómo se llama tu amigo? ¿Quién es?

Flo. El amable, el compasivo Torcuato Tasso, nuestro único bienhechor. ¡Oh! Vos debeis conocerle; vive en la corte; y es pobre sin embargo; porque si fuera rico, nos lo dice todos los dias, estariamos mucho mejor alojadas, mucho mejor vestidas.

Ele. (¡Y se atreven á acusarle!) No es rico Torcuato, pero yo lo soy, y desde este momento puedes contar con mi proteccion.

Flo. Señora, sois muy bondadosa; pero yo no necesito de nadie. Cien veces me ha dicho que mientras él viva nada me faltará; y tambien me ha dicho que me casará cuando tenga yo algunos años mas; y que cuando me haya instruido bien me presentará á la princesa de Ferrara. ¡Oh! Si supierais cuánto la amamos todos en casa.

Ele. Volvamos á los beneficios que debeis á Torcuato.

Flo. Ya os he dicho que salvó la vida de mi madre á riesgo de la suya.

Ele. ¿Cuándo? ¿De qué modo?

Flo. Supo de repente mi pobre madre la noticia de que mi padre habia muerto en la guerra á que le habia enviado el duque de Ferrara; y una noticia tan inesperada, su pobreza, la miseria que me aguardaba... En fin, mi madre desesperada se arrojó á un torrente.

Ele. ¿Y su libertador es el Tasso? ¿Y nadie tiene noticia de ello?

Flo. Ya lo creo: como que prohibió á mi madre que dijese una palabra á nadie, sopena

de perder sus beneficios; asi es que nosotros guardamos el secreto... Es verdad, que aqui tampoco tenemos á quien contárselo.

Ele. ¿Pero vuestra madre sabria luego á quién debia la vida?

Flo. Al momento: al dia siguiente vino á buscarnos un criado de su parte, y nos condujo á este asilo, donde su generosidad socorre todas nuestras necesidades.

Ele. Pues bien, yo me encargo de ello desde ahora. María, que te conduzca esta niña donde esté su madre; dale el oro que traigas; dile que yo me encargo de hacer su fortuna, su felicidad... ¡ah! yo apruebo desde ahora todo lo que hagas. De cuantos beneficios me permite hacer la clase en que he nacido, este es el que mas agrada á mi corazon.

Flo. (¡Es cosa singular! Esta señora habla justamente lo mismo que mi amigo ¡con un fuego!... Y yo no siempre entiendo lo que dicen.) — Con que ¿quereis que os lleve á ver á mi madre? Enhorabuena, yo no sé porque me siento tan inclinada á obedeceros, á amaros (1).

ESCENA IV.

ELEONOR.

n secreto encanto me detiene en este sitio, en este sitio lleno de imágenes grandiosas. Aqui,

(1) *Vase con María.*

sin duda, es donde el Tasso ha meditado esos hermosos pensamientos que vuelan ya por toda la Italia. ¡Cuánto daria por contemplarle aqui sin que él me viese. Sobre este mármol es donde trabaja para la posteridad... Pero aqui veo trazados con una punta delicada algunos pensamientos. Leamos.

ESCENA V.

ELEONOR *y el* TASSO.

Tas. ¡Qué veo! S. A. aqui... ¡Ah, señora!

Ele. En efecto mi presencia debe sorprenderos; pero habiendo oido decir que en esta casita teniais unas protejidas, he deseado tener parte en esta buena accion.

Tas. ¿Y quién ha podido deciros, señora...

Ele. Los beneficios que se hacen en secreto, acaban siempre por descubrirse.

Tas. ¡Cómo! Señora, ¿á pesar de mi prohibicion os han contado?...

Ele. Sí; he sabido que vuestro corazon es tan generoso, como grande vuestro talento, y universal vuestro genio.

Tas. ¡Ah! No mas señora: los elogios en vuestra boca tienen tantos atractivos para mí que me harian envanecer de unas ventajas.

Ele. ¡Y las hay mas efectivas en la tierra ¿Qué valen para vos las riquezas? ¿Dondquiera que os halleis no estais seguro de que todos serán para vos amigos, protectores, admiradores? Para vos es desconocido ese fastidio de la vida que sentimos los de

mas. Feliz con vuestras ideas, lleno de pensamientos grandiosos, vivis en un mundo ideal; lo poblais de seres sobrenaturales; sentis sus afectos, sus deseos; revelais sus infortunios y sus dichas. Vuestra alma, poseida siempre de una ardiente actividad, no abandona el objeto que la halaga sino para buscar otro mas agradable: en fin, vuestra vida es un sueño contínuo que os proporciona á un tiempo el placer y la gloria.

Tas. Ah, señora. ¡Cuán lejos estais de conocer el corazon de un poeta! Eso que llamais su felicidad es su tormento. Ese mundo que él se crea es cierto que le hace buscar la soledad; pero esa soledad que hermosea algunas veces los sueños de su exaltada imaginacion, le cansa muy pronto. Su alma necesita nuevo alimento á cada instante: su alma, semejante al fuego mas activo, todo lo devora, y cuando su llama se estingue, la inaccion, el fastidio se apoderan de ella, y este es el mas cruel de todos los tormentos. Y si alguna vez la vanidad le hace mendigar por premio de largos trabajos los aplausos del público... entonces le asaltan nuevas penas; entonces es cuando la envidia, la injusticia, el odio, y todas las pasiones viles se desencadenan contra el genio, y envenenan todos los instantes de su existencia. Pero supongo que la gloria corone al fin los frutos de su delirante imaginacion: ¡á qué precio la compra! Si su alma, que no puede ser indiferente á todo lo que existe de bueno y de bello, llega á conocer esa pa-

sion que llaman amor... ¡qué poder no ejerce en el alma de un poeta, cuyos sentimientos, demasiado exaltados, lo hacen estremecerse á vista de los obstáculos que le separan del objeto amado! Cuando ama no sabe mas que amar: ambicion, trabajos, gloria, todo lo olvida. Una sola idea le ocupa, un solo deseo, un solo sentimiento... su amor. En todos los objetos que le rodean ve á su adorada: en todas partes la encuentra; su imágen domina en su corazon; la naturaleza entera se anima á su presencia; en fin, para él todo es amor: ¡solo respira amor! ¡solo existe por el amor!

Ele. Reconozco en vuestras palabras el lenguage exaltado de los poetas; pero una vez que el destino los condena á ser demasiado sensibles á los encantos de la beldad, y que su corazon está siempre dispuesto á dejarse arrastrar de las pasiones, para evitar sus funestas consecuencias ¿por qué no buscan una dulce compañera? (1) Vos, por ejemplo, Torcuato, ¿no os parece que seria prudente para afirmar vuestra tranquilidad que elijieseis entre las damas de mi corte una esposa...

Tas. ¿Yo, señora? ¿Y cuál es la muger que puede asegurarme la felicidad?

Ele. Es verdad; ¡se ven tantos enlaces desgraciados! Si las cadenas del himenéo son para vos tan pesadas, podeis al menos vos con-

(1) *Con timidez.*

servar vuestra libertad. No sucede lo mismo á los que estan destinados á reinar. Desde que nacen ya no son dueños de sí mismos.

Tas. Es verdad, señora, que la suerte de una princesa... tambien se habla ya de la vuestra: dicen que entre varios príncipes, él duque de Mantua...

Ele. ¡Habeis oido decir!... ¡Y qué, faltará mi hermano á la palabra que me tiene dada!

Tas. Perdonad, señora; no era mi intencion entristeceros dándoos noticia de las voces que circulan en la corte acerca de vuestro casamiento.

Ele. Si la suerte me precisa á reinar, ¿no os alegrareis de verme con una corona?

Tas. Envidiaré á lo menos la suerte de vuestros súbditos.

Ele. A cualquier parte que yo vaya, ¿quién os impide que sigais á vuestra protectora?

Tas. ¡Ah! No señora: es forzoso que una eterna ausencia... terminando mis dias...

Ele. ¿A qué vienen esas ideas melancólicas? Vamos, Torcuato, tened ambicion; y el grito universal de vuestra fama podrá endulzar acaso vuestras penas. Yo tambien contribuiré con mis consejos, con mi apoyo, con el interés de una hermana... Pero dejemos esta conversacion; no me hableis de vuestro porvenir. Recordadme vuestros hermosos pensamientos, recitadme algunos de aquellos versos cuya dulce armonía me arrebata á un mundo celestial.

Tas. Señora, no sé si podré... temo que mi turbacion...

Ele. Yo os lo suplico (1).

Tas. Obedezco.

Bella como la flor que mayo adora,
vírgen, modesta, candorosa y pura,
de la pompa del mundo vencedora,
olvidaba su cándida hermosura;
de la pérfida astucia seductora
huye y se esconde en lóbrega clausura;
pero pronto burlando su cautela
su misterioso asilo amor revela.

Jóven guerrero, por Sofronia hermosa
se abrasa Olindo en amorosa hoguera;
ella su amor escucha desdeñosa,
y el infelice Olindo nada espera:
sigue do quier con planta temerosa
la dulce vírgen que ablandar quisiera;
tímido, noble, ardiente, enamorado,
siempre su puro amor vé despreciado.
Perdonad, mi memoria...

Ele. En ese retrato de Sofronia ha creido mi hermano reconocer alguna intencion. Si fuese cierto, Torcuato, ¿no mereceria el pintor alguna recompensa?

Tas. Ese retrato es muy inferior á su modelo.

Ele. En nombre de mi hermano aceptad esta sortija (2).

Tas. ¡Una sortija que vos habeis llevado!... (¡Ah infeliz!)

Ele. Este regalo que hace la princesa á su poeta ¿no le juzgais digno de su talento?

Tas. Este regalo será para mí un talisman que

(1) *Se sienta.*
(2) *Quitándosela.*

me hará triunfar de todos mis enemigos de las riberas del Arno, de los cortesanos de vuestro hermano...

Ele. ¿Y qué pueden ellos contra el genio?

Tas. Ahora no pueden nada. ¡Prenda preciosa de una augusta princesa!... ¡Ah! ¡qué mágico poder ejerce sobre todos mis sentidos! Perezca mi Jerusalen antes que pierda yo la memoria de tan insigne beneficio!

Ele. Tranquilizaos por Dios; ese entusiasmo me hace temer...

Tas. Perdonad, señora. ¡Si pudierais leer en el fondo de este corazon que os he consagrado!... ¡Ah! Si me fuera permitido pintar á vuestros ojos este sentimiento de veneracion que vuestra bondad me inspira!... á vuestras plantas imploraria la gracia de imprimir en esa augusta mano el sello respetuoso de mi reconocimiento.

Ele. ¿Y por qué habia de negaros en este sitio lo que puedo concederos en presencia de mi hermano y de toda su corte? (1)

ESCENA VI.

BELMONTE *y los dichos.*

el. (2). ¡Gran Dios! ¿Qué veo?

le. (¡Cielos! ¡Belmonte aqui! ¡Si sospechará!...) Príncipe, si hubierais llegado un momento antes, hubierais oido, como yo, los

(1) *Le da á besar la mano.*
(2) *Los sorprende.*

hermosos versos del Tasso! ¡Cuánta dulzura hay derramada en su admirable poema! Cuanto mas se oye...

Bel. (1) Mas se admira al autor.

Ele. Es verdad; y á mi admiracion ha debido el Tasso la recompensa que concedia á su talento en el instante que vos llegabais.

Bel. Cualquiera tendria derecho á envanecerse de un talento que merece semejantes recompensas.

Tas. Yo las debo mas bien á la indulgencia de la princesa que á mi propio mérito.

Bel. (2) Sí, en efecto; creo que en esto hay mucha bondad de parte de la princesa.

Tas. Si nuestros largos y penosos trabajos no tuviesen algun premio, ¿quién habria entonces que quisiera consumir sus dias para elevarse sobre lo demas del vulgo?

Bel. Muchos se creen elevados porque hay grandes demasiado bondadosos que se dignan igualarse con ellos.

Ele. Os entiendo, Belmonte. Si algo os sorprende en mi conducta, mi hermano será juez, y veremos si es fundada vuestra sorpresa.

Bel. Señora...

(1) *Con ironía.*
(2) *Idem.*

ESCENA VII.

Los dichos y FLORELLA.

Flo. ¿Qué significa esto, amigo mio? La otra señora que está con mi madre, trata de llevarme á palacio. Yo no quiero apartarme de vos; vos solo sois mi protector, vos solo teneis derecho á mi obediencia...

Tas. Pues bien, Florella, cuento con vuestra obediencia, si la bondad de esta señora es tanta...

Flo. ¡Ah! Ya veo yo que no le habeis dicho á esa señora todos mis defectos, porque entonces no me querria tanto. Cuando sepa, como vos decis, que me meto donde no me llaman, que hablo demasiado, y que quiero hacerme la señorita...

Ele. Me es forzoso volver á palacio. Príncipe Belmonte, si quereis acompañarme...

Bel. Señora, estoy á vuestras órdenes.

ESCENA VIII.

Los dichos y MARÍA.

Mar. Señora, he cumplido vuestros mandatos; la madre de esta muchacha está loca de contento. (1) No lleveis á mal que tomemos parte en vuestros beneficios. ¡Ah, Torcuato! ¡Quién no os admira! Ah, perdonad, prínci-

(1) *Al Tasso.*

pe Belmonte, no os habia visto. ¡Qué casualidad, habernos encontrado aqui! (1) Es el mayor enemigo del Tasso.

Ele. Ya lo sé.—Ya es hora de marchar, que empieza á quemar el sol. A Dios, Torcuato; cada vez me alegro mas de la visita que he hecho á vuestras protejidas; desde hoy lo son mias. A Dios, hermosa, pronto nos veremos. (2) No os olvideis de presentármela hoy mismo.

Flo. A Dios, señoras.

ESCENA IX.

El Tasso *y* Florella.

Tas. ¡Dichoso Torcuato! ¡Esta sortija!... ¡Jamas se apartará de mí! ¡Y ese infame Belmonte venir á turbar mi felicidad!

Flo. ¡Eh! Ya le tenemos hablando solo, segun costumbre. Estos grandes genios no necesitan á nadie para estar en conversacion.

Tas. Creo que me dijo: "Esta sortija que yo he llevado..." ¡Ah! ¡millones de besos!... ¡Insensato! ¿Y puedo creer que tenga el menor interés?

Flo. Es que tiene momentos en que me da miedo; se inflaman de repente sus ojos, y suelen escapársele algunas palabras...

Tas. ¡Pero qué! ¿no ha habido nada que pueda hacerme sospechar? ¡Estravagancias, lo

(1) *Aparte á Eleonor.*

(2) *Al Tasso.*

curas! Una muger que debe subir muy pronto al trono, prendarse de un simple hidalguillo que no tiene mas fortuna que la benevolencia, ó tal vez la piedad de los príncipes... Vamos; juicio, juicio, Torcuato; necesito distraerme. Voy á dar unos paseos por el bosque. Procuraré tranquilizar mi espíritu para presentarme al duque cuando se levante.

ESCENA X.

FLORELLA.

Cómo! ¡Se va! ¡Qué agitado parece! ¡Bien dicen, que los hombres no nos dan mas que pesadumbres!

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico salon del palacio.

ESCENA I.

BELMONTE.

Mal haya el importuno que vino á interrumpirme cuando le estaba yo contando al gobernador mi aventura con la princesa y el Tasso! Nada arriesgo en tomar por confi-

dente á ese buen gobernador. Cuanto menos misterio dé yo á la noticia, tanta mas importancia le dará él. Es un escelente soldado; y no sabe hablar mas que de una cosa: *la disciplina militar.* El cree todo lo que le dicen, y dice todo lo que sabe.

ESCENA II.

BELMONTE *y* SALVIATI.

Sal. ¿Qué diablos me habeis contado? ¡E Tasso al amanecer con la princesa! ¡Ay ay, ay!

Bel. ¿Y qué encontrais de particular en esa cita? A la verdad, mi querido gobernador, que interpretais de un modo las cosas, que harias suponer á cualquiera lo que yo no h pensado decir.

Sal. Pero, ¿qué casualidad hizo que Torcuar to se encontrase tan de mañana con la princesa?

Bel. ¡Oh! Yo lo supe al momento; tenia qu leerle unos versos de su poema.

Sal. ¡Su poema! ¡No se habla mas que de s poema! Pues yo he oido leer algunos car tos, y... ¿á vos os divierte, príncipe?

Bel. Sí, me divierte cuando no lo alaban.

Sal. Pues yo tengo momentos en que me do miria, sino me dispertase con sus batalla Es preciso convenir en que los hace batir perfectamente. Cualquiera diria que habia h cho la guerra. Pero, en fin, volvamos nuestro asunto. Con que ¿decis que esta

recitando sus versos á la princesa? Pues él nunca acostumbra á hacerlo por la mañana; al contrario, generalmente es por la noche, en el salon, cuando nos divierte... ó no nos divierte.

Bel. Sin duda el escojer aquel lugar solitario seria con el objeto de que no viniese ningun importuno á interrumpirlos, y voy creyendo que el Tasso no lee del todo bien sus obras sino cuando está enteramente solo con la princesa, pues con este fin hicieron retirar á la camarista.

Sal. No sigais adelante: no puedo creer lo que me decis. ¡Un poeta! ¡Citas con una princesa, que debe ser soberana muy pronto!

Bel. Amigo mio, esas espresiones ultrajan á la princesa. ¿Qué mal puede haber en una cita que no ha tenido otro objeto que gozar de los encantos de la poesía? ¡Ah! Doy mil gracias al cielo de que no me haya dado una condicion tan austera y desconfiada como la vuestra! Si no fuera asi, yo tambien podria interpretar las cosas de modo que dañarán muy de cerca la reputacion de Eleonor. Vamos, ¿qué diriais vos si hubierais visto, como yo, al poeta Torcuato en el esceso de un reconocimiento, cuyo motivo ignoro, precipitarse á los pies de la princesa, é imprimir en su mano, sin que ella la retirase, ardientes y numerosos besos?

Sal. ¡Por san Diego, mi patron! Vaya, vuestros ojos os han engañado.

Bel. Pero, ¿qué hay en esto que pueda ofender el pudor? La princesa Eleonor es aficio-

nada á los buenos versos; el Tasso los hace admirablemente; ella para escucharlos busca un sitio retirado, y le hace ir alli; tiene el placer de oirlo, y arrebatada por su talento, le concede una dulce recompensa. Esta es una cosa muy natural; y yo no veo aqui el menor motivo para escitar vuestra sorpresa, ni mucho menos la cólera de Alfonso.

Sal. Todo eso es muy bueno, y muy generoso de vuestra parte; pero... aqui viene el duque; yo le voy á contar...

Bel. Vais á comprometerme.

Sal. ¡Cómo! ¿Pues no decis que no tiene nada de particular esa entrevista?

ESCENA III.

BELMONTE, *el* DUQUE *y* SALVIATI.

Duq. Sí, dentro de un instante partiremos. Buenos dias, gobernador: á Dios querido Belmonte.

Sal. ¿Va V. A. de caza?

Duq. Sí, acabo de disponerlo en este instante; hace un hermoso tiempo. Príncipe Belmonte, no os convido porque sé que gustais mas hacer la corte á las damas que correr los ciervos. En cuanto al gobernador, no se encuentra bien sino en lo interior de su fortaleza, y la creeria perdida si se separase de ella un instante.

Sal. V. A. puede reirse de mí cuanto quiera; pero no podrá negarme que, gracias á la dis-

ciplina militar que he establecido en sus estados...

Duq. Se quejan de que sois demasiado severo; pero esa severidad es necesaria; y cada vez me aplaudo mas de haber depositado mi confianza en un guerrero como vos. Si el príncipe no puede recompensaros tanto como mereceis por vuestro zelo en servirlo, teneis un amigo que os estima particularmente.

Sal. Pues este amigo quiere daros pruebas de su amistad, manifestándoos todo el interés que se toma por vuestra casa.

Duq. ¿De qué se trata, querido?

Bel. (¡Ah, señor poeta, veremos quién puede mas de los dos!)

Sal. El asunto sin duda es espinoso; porque, en fin, se trata de personas que vos estimais.

Bel. A la verdad, mi querido gobernador, que no sé cómo podeis dar tal importancia á una bagatela...

Sal. S. A. no puede mirar este asunto lo mismo que vos; el honor de su casa no se lo permite.

Duq. ¡El honor de mi casa! ¿Qué decis? ¡Me habeis puesto en cuidado! Hablad. ¿De quién se trata?

Sal. De Torcuato, de ese poeta que vos llamais un grande hombre.

Bel. (Al fin tendré el placer de que lo echen de palacio.)

Duq. Sí, sin duda, le llamo un grande hombre, y en eso no hago mas que repetir lo que dice la Europa entera.

Sal. Pues señor, yo no concibo que solo escribiendo se pueda meter tanto ruido en el mundo, y puede ser que ese hombre, tan hábil en eso, no sepa hacer marchar un regimiento.

Duq. Es muy posible; pero eso se aprende, y lo que no se aprende es el genio. —En fin, ¿qué decis de mi amigo Torcuato?

Sal. Puesto que es mi deber el contároslo todo, se trata de un encuentro... pero nuestra princesa Eleonor es tan respetable...

Duq. ¡Vaya! ¿Es del encuentro de mi hermana con el Tasso en el bosque, del placer que tuvo en oirle algunos pedazos de su poema, de la mano que le dió á besar... es de eso de lo que ibais á hablarme? ¿Y á qué tomar tantas precauciones para decirme una cosa que me acaba de contar mi misma hermana?

Bel. (¡Ah, mugeres!)

Duq. ¿Y sabeis que si la princesa supiera que habiais interpretado tan mal su conducta se resintiria mucho con vosotros?

Bel. Eso mismo le decia yo al gobernador.

Duq. Dejemos esto, señores. Príncipe Belmonte, como pienso ausentarme por todo el dia, y acaso parte de la noche, tengo que dar órdenes al gobernador. Permitid que le hable algunos instantes.

Bel. (Por mas que él diga, el golpe está dado.

ESCENA IV.

El Duque *y* Salviati.

Duq. ¿Tú, sin duda, te admirarás de la indiferencia con que he tomado la noticia de la entrevista de mi hermana con el Tasso?

Sal. Confieso que vuestra moderacion me confunde. No porque yo crea culpable...

Duq. Ninguno de los dos puede serlo: yo conozco á mi hermana: sea cual fuere el género de interés que tenga por el Tasso, no temo de su parte ningun paso imprudente.

Sal. Yo no digo que sea necesario tomar un partido violento; pero sin embargo se podia, bajo pretesto de un viaje, ó de una mision, alejar ese poeta... Esos diablos con sus frases almibaradas, y su costumbre de adular á las mugeres...

Duq. ¡Ay, amigo mio! ¡Qué poco conoces al hombre de que estás hablando! Poco le has observado cuando crees que se parece á los demas mortales. ¡Él adular! El orgullo es la primera base de su carácter. Yo he querido atraerle con beneficios, con empleos, con honores... Todo lo ha despreciado con altivez. Su único deseo es conservar siempre su independencia.

Sal. Por mas que diga V. A., yo en su lugar le diria á nuestro poeta... es verdad que yo no soy muy aficionado á versos, que se fuese por ahí á cantar á las demas princesas de Italia.

Duq. ¡Yo me guardaré bien! Si se llegase á saber que faltabamos en un ápice á las consideraciones debidas al Tasso, todos los soberanos se apresurarian á llamarlo á sus cortes. Ya una vez Cárlos IX quiso tenerlo en Francia, Clemente VIII lo llama á Roma, Médicis á Florencia, Felipe de Este á Turin, Mafe-Venerio á Venecia... y ¡aun pudiera decirte otros cien nombres ilustres! Todos quieren protejerlo, tenerlo á su lado, contemplar los trabajos de tan gran poeta. Su admirable genio ha dado nueva vida á lo que existia apenas en la memoria de algunos hombres. ¿Y quién, á no ser por el Tasso, conoceria todos los héroes que combatieron por el Santo Sepulcro? ¿Y quién mejor que yo puede darse el parabien de sus nobles trabajos? El ha arrancado á mis abuelos de la oscuridad de la tumba, y ha hecho resplandecer su gloria por todo el universo; en fin, ha dado un lustre á mi casa, que me hace objeto de la envidia de todos los príncipes. El Tasso, amigo mio, es un hombre cuyas mágicas palabras distribuyen la gloria: ser cantado por el Tasso es conseguir la inmortalidad.

Sal. ¡Es cosa singular! Nunca hubiera creido que unas cuantas palabras, colocadas de este modo ó del otro, producian tanto efecto. Yo sabia hace mucho tiempo, que el que se bate bien llega á ser un héroe; pero lo que no sabia era esto de que si no hay uno que escriba sus hazañas, corre mucho peligro el susodicho héroe de que el mundo no sep

nada. Esto empieza ya á hacerme estimar un poco mas la escritura, y... y todo lo que se sigue.

ESCENA V.

Dichos y el Tasso.

Duq. A Dios, mi querido Torcuato; ya estaba impaciente por veros.

Tas. V. A. me perdonará mi poca exactitud.

Duq. Hoy sobre todo es perdonable. ¿Qué decis de la curiosidad de mi hermana, y el empeño en conocer á esas dos protejidas que os deben la existencia?

Tas. ¡Cómo! Señor, ¿os han dicho?...

Duq. Si no llegaran á mi noticia los beneficios que hacen mis amigos, ¿tendria la esperanza de recompensarlos como merecen? Sé ademas el placer que tuvo mi hermana de encontraros, y que abusó de vuestra condescendencia haciéndoos recitar vuestros hermosos versos.

Tas. (¡Si sabrá tambien!...)

Duq. Os admirareis de que esté tan bien informado; pero sabed que mi hermana tiene un carácter muy parecido al mio; nunca puede ocultar sus satisfacciones; todo me lo ha dicho.

Tas. (Y yo que creía haber obtenido un favor singular... ¡Insensato!)

Duq. Mi hermana me ha dado mucho gusto cuando me ha dicho que ha tomado parte en esa buena accion: ella protejerá á esa jóven

cuya educacion habiais vos comenzado, y yo, cuando sea tiempo, me encargo de su dote.

ESCENA VI.

Dichos y un Oficial *del* Duque.

Ofic. Señor, es forzoso que V. A. difiera la partida de caza: acaba de llegar un correo de vuestro embajador, cerca del duque de Mantua, con estos pliegos importantes.

Duq. Que se suspenda la partida por algunos momentos. — ¡Se habrán allanado por fin los obstáculos que se oponian al término feliz de este negocio! ¡El cielo lo quiera! Que se retiren todos, escepto el gobernador y el Tasso.

ESCENA VII.

El Tasso, *el* Duque *y* Salviati.

Duq. ¡Qué dicha, amigos mios! Una cosa que tanto deseaba, y que ya creía entorpecida por la intriga de otro gabinete, acaba de arreglarse conforme á mis deseos.

Sal. ¿Y qué feliz novedad es esa, señor?

Duq. El casamiento de la princesa con el duque de Mantua.

Tas. (El casamiento de la princesa... ¡Oh Dios!)

Duq. Mi embajador cerca de S. A. me dice, que gracias al retrato de mi hermana que el supo enseñarle con maña, se han allanado en un instante todos los obstáculos que la

corte de Módena oponia á este casamiento: me pide ademas que entregue esta carta suya á mi hermana, y que mañana, si la princesa se digna aceptar su mano, llegará su embajador con los poderes y los regalos de costumbre.

Tas. ¡Mañana llega! ¡Mañana! (No puedo hablar.)

Duq. Sí, mi querido Torcuato. Gobernador, no perdais un instante: dad vuestras órdenes á la guarnicion, y haced disponer el palacio, que todo sea digno de la recepcion de tan ilustre enviado.

ESCENA VIII.

El Duque *y el* Tasso.

Duq. (Parece que está pensativo: sus facciones se han alterado. ¡Podré dar crédito!... No: es imposible.) ¿Qué teneis? ¿Acaso algun pesar? Os lo he dicho mil veces; acordaos de que soy vuestro amigo, y si está en mi mano consolaros...

Tas. La bondad de V. A. es escesiva; pero...

Duq. Basta, Torcuato; yo quiero merecer la confianza de mis amigos, pero no arrancar sus secretos.

Tas. La grandeza y el poder serán siempre un obstáculo á la amistad.

Duq. Eso sucede con un hombre vulgar; pero ¿qué príncipe no se honraria con ser el amigo de Torcuato?

Tas. Nadie puede honrarse con un amigo cuya miseria...

Duq. ¿Quién podrá impedir que se repare?

Tas. Torcuato, que jamas lo consentirá. Permitidme, señor, que me retire.

Duq. No, quedaos; tengo que pediros un favor.

Tas. Mi deber es obedeceros.

Duq. Ya sabeis que mi hermana os profesa una ciega amistad, y os trata mas bien como un hermano que como simple oficial de palacio.

Tas. ¡Me envanezco de merecer su amistad! La princesa es una muger tan superior á su sexo...

Duq. Continuamente observo que basta una mera indicacion vuestra para que siga vuestra opinion.

Tas. Muchas veces se digna escucharme con agrado, no hay duda.

Duq. Pues ahora exijo que le hableis conforme á mis intereses, y el honor de mi casa.

Tas. Soy poco á propósito para tratar tan graves intereses.

Duq. Os equivocais. En vuestras obras, ¿no se echa de ver lo universal de vuestros conocimientos, sobre todo en el arte de la política?

Tas. Haré lo que mandais. ¿Qué quiere de mí V. A.?

Duq. Ya sabeis que amo tiernamente á mi hermana. Un dia, ha pocos meses, encantado yo de su conversacion, y dándole á entender el gozo que me causaba tenerla á mi lado, me hizo prometerle que no la sacrificaria jamas á razones de política, y que si la union

que ella deseaba no me convenia, al menos la permitiese no abandonarme jamas, y pasar su vida á mi lado. Seducido por mi cariño, y por el deseo de no separarme de ella, le prometí ligeramente cuanto quiso; y desde entonces siempre que le hablo de un himenéo que puede satisfacer mi ambicion, me recuerda mi promesa: y esta última vez, para evitar su nueva repulsa, no he querido consultarla acerca del lazo que deseaba formar con el duque de Mantua: todos los obstáculos se han vencido, todo está preparado; á vos toca ahora, á vuestra elocuencia, á vuestra amistad, retirar una promesa que nunca hubiera yo debido hacer. Merced á vuestro talento, ella conocerá que el deber de una princesa es sacrificar su dicha al interés de su familia, y á la tranquilidad del estado.

as. (¡Y yo soy quien debe hacerlo!)

uq. Aqui teneis la carta que el duque de Mantua me escribe; vos se la entregareis. Yo os dejo, Torcuato, y me voy con la esperanza de que me servireis como serviriais á vuestro mejor amigo.

ESCENA IX.

El Tasso.

¡Cómo nos intiman sus mandatos cubiertos con el velo de la política! ¡Me manda decir á la princesa, huid de mí, abandonadme, depositad en otro vuestro amor!... ¿Y qué de-

rechos tengo yo para aspirar á él? Porque no he podido ser insensible á tantos atractivos, á tantas virtudes... ¿me creo con derechos para exigir su corazon? Oigo ruido. Corro á buscar á la princesa; ella viene.

ESCENA X.

El Tasso *y* Eleonor.

Tas. (¡Oh cielos! Dadme valor para cumplir lo que el honor me manda.)

Ele. Mi hermano acaba de decirme que teniais que comunicarme una cosa muy importante.

Tas. (No sé como empezar: su presencia aumenta mi turbacion.)

Ele. Sin duda vais á darme alguna mala noticia, porque la tristeza que veo en vuestro semblante...

Tas. Es verdad que la repentina noticia de vuestro augusto himenéo...

Ele. ¡Qué escucho!

Tas. Quien haya tenido la dicha de trataros tan de cerca, ¿cómo no podrá sentir un profundo dolor al separarse para siempre de V. A.?

Ele. ¿Con que mi hermano ha dispuesto ya de mi suerte? ¿Y á quién de los príncipes de Italia ha entregado mi mano?

Tas. Al duque de Mantua.

Ele. ¡Ah! ¡Es el duque!...

Tas. Esa satisfaccion que mostrais me hac

ver que su eleccion no os parece indigna de vos.

Ele. No creí que una espresion de sorpresa pudiera ser tan singularmente interpretada.

Tas. Siendo mi deber disponer vuestro corazon á este himenéo, debo aprovechar todos los medios que puedan contribuir al logro de los proyectos de vuestro hermano.

Ele. ¡Ah! ¿Sois vos el encargado de presentaros á mí como órgano de los sentimientos del duque de Mantua?

Tas. Mis deberes no se estienden á tanto; ni todo el poder del duque de Ferrara me hubiera hecho obedecer semejante mandato.

Ele. Entonces, ¿con qué objeto os envia?

Tas. Como sabe que os dignais escucharme siempre con tanta bondad, confia en que yo podré persuadiros á que le hagais retirar la palabra que os dió de no disponer de vuestra mano.

Ele. Ya entiendo. ¿Á eso solo se reduce la comision que os ha dado mi hermano?

Tas. Me ha dado ademas esta carta del duque de Mantua, que á la simple vista de vuestro retrato, quedó vivamente prendado de vuestra augusta persona.

Ele. Me alegro de haber hecho, sin saberlo, tan ilustre conquista. Con que, ¿tan prendado está de mí?

Tas. Tanto que, para dar testimonio de su impaciencia, mañana se os presentará su enviado con los poderes de su señor, y los regalos de costumbre.

Ele. ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Torcuato, es de-

masiado pronto! Ha obrado mi hermano como diestro político. Ya sabia él que cuanto mas hubiera apresurado este enlace mayores dificultades hallaria yo para romperle.

Tas. ¡Cómo, señora! ¿Tendriais intencion de oponeros?

Ele. No sé; no sé lo que debo hacer; pero mientras me decido, es necesario que sepa lo que dice esta carta.

Tas. Tomadla, señora.

Ele. Puesto que sois vos quien debe disponerme á ese himenéo, á vos os toca leérmela y apoyarla con vuestra elocuencia. El poder que teneis sobre mí...

Tas. ¡Ah, señora! ¿He merecido acaso esta amarga ironía?

Ele. Siento una pena, una emocion, que no me permite... Torcuato, leed, yo os lo mando.

Tas. Por grande que sea la turbacion que me agita, os obedeceré. (1) "El duque de Ferrara me ha permitido manifestar mis sentimientos á V. A. Si las razones de estado me obligaban desde luego á desear tan augusta alianza, asi que la casualidad puso en mis manos vuestro retrato no puedo pintaros el placer que sintió mi alma. Aunque ignoro el lenguage del amor, si este amor puede contribuir á vuestra felicidad..." Perdonad, señora no sé qué nube envuelve mis ojos...

Ele. Os habeis inmutado — ¿Qué sentis?

Tas. Nada, señora; perdonad; pero...

(1) *Lee conmovido.*

Ele. En efecto, habeis perdido el color... (1) Volved en vos; dadme esa carta: ¡qué apuro! Cuántas desgracias nos esperan. ¡Vuestra palidez se aumenta! Ya lo conozco. ¡Os habeis contenido tanto tiempo!... Yo misma he contribuido acaso á vuestro mal, exigiendo que... Perdonad, Torcuato; no sé lo que digo. Oigo ruido; la noticia de este himenéo se habrá esparcido ya por palacio, y vendrán todos á cumplimentarme. ¡Gran Dios! No perdamos un instante; es preciso que luego nos veamos; traedme á vuestra pupila; esto es un pretesto; os recibiré en mi habitacion; es necesario que yo os hable... ¡Ah, Torcuato, y qué desgracia nos amenaza!

Tas. Ese vivo interés, esa piedad que os dignais mostrarme...

Ele. Silencio; alguien viene.

ESCENA XI.

El Tasso, Eleonor *y* María.

Mar. ¡Ah, señora! ¡Qué alegría reina en todo palacio! Acaba de saberse que dentro de poco sereis duquesa de Mantua.

Ele. Basta, María; hasta ahora habia creido que me estimabais.

Mar. Perdonad, señora; nunca hubiera imaginado que esta noticia podia aflijiros.

Ele. Porque me creeis ambiciosa.

(1) *Conmovida.*

Mar. (¡Y qué, este himenéo desagradaria á la princesa! ¡El Tasso! ¡La turbacion de ambos! ¡Gran Dios! ¡Si será cierto!)

ESCENA XII.

Dichos, Belmonte, 1.° *y* 2.° Cortesanos, *y otros en el fondo.*

Ele. (Ya sabia yo que no tardarian en venir á cansarme con sus cumplimientos.)

Tas. (¡Oh! No puedo creer que sea capaz de despreciar una corona; lejos de mí el orgullo.)

Bel. Con qué gozo, señora, venimos á ponernos á los pies de la nueva duquesa.

Cort. 2.° Todos alaban en el duque su hermosa presencia, sus modales...

Cort. 1.° Dicen que es tambien un célebre guerrero.

Cort. 2.° Será digno de ser cantado por Torcuato.

Bel. A él deberemos el epitalamio. Su genio...

Ele. Su genio no se humilla á tales objetos. Solo sabe cantar las grandezas del Todopoderoso, y las hazañas de los héroes. Os doy mil gracias, señores; pero necesito retirarme á mi habitacion; yo os avisaré cuando pueda recibiros. Torcuato, yo responderé á mi hermano; entre tanto acordaos de presentarme vuestra pupila, pronto. Venid, María.

ESCENA XIII.

El Tasso *á un lado*, Belmonte *y* Cortesanos *al otro.*

Tas. ¡Con que aun puedo volverla á ver! — Aun estan aqui estos cortesanos. ¡Cómo me incomoda su presencia!

Cort. 2.° ¿No os parece que el Tasso está pensativo?

Cort. 1.° La marcha de la princesa completará su caida. Y tambien el público nos vengará. ¿Sabeis lo que está haciendo la academia de la Crusca?

Bel. ¿Pues qué, está haciendo alguna cosa?

Cort. 1.° Sin duda: una crítica de la Jerusalen libertada.

Bel. Será lo mejor que haya hecho.

Tas. Ninguno me dirije la palabra; sin duda creen que he perdido el favor del príncipe.

Cort. 1.° ¿No os han hablado del folleto que ha salido contra él, probando que su admirable obra carece de sentido comun? Le pone de vuelta y media.

Cort. 2.° Pues señor, á pesar de ese folleto, en Roma se trata de hacerle los honores.

Cort. 1.° Imposible: ¡qué atrocidad! (Esta noche iré á darle la enhorabuena.)

Tas. ¡Miserables! Vámonos de aqui. En medio de todos estos autómatas, solo un corazon he hallado que se comunique con el mio... ¡y me lo arrebatan! ¡Ah, Torcuato, tú no has nacido para ser feliz!

ESCENA XIV.

Los precedentes, menos el Tasso.

Bel. Amigos, no le perdamos de vista; traigo entre manos una intriga que... él mismo se ha de vender. Ya conoceis su condicion violenta, arrebatada... pienso irritarlo, escitar su furor, y tenderle un lazo... en su mismo carácter fundo el éxito de mi proyecto. Sí, sí; ó soy el mas torpe de los cortesanos, ó hago saltar hoy mismo este odioso favorito de los príncipes y de las hermosas.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la habitacion de la princesa.

ESCENA I.

María *y* Eleonor.

Mar. Señora, ¿cuál puede ser la causa de esa turbacion?

Ele. ¡Ah! Jamas ha sentido tanto mi alma todo el rigor de mi suerte. ¡Dejar á mi hermano! ¡Abandonar estos sitios que me vieron nacer! ¡Alejarme de todo lo que amo!...

Mar. Tarde ó temprano debiais esperar que cambiase vuestra situacion. La corte de Ferrara va á perder todos sus atractivos en cuanto vos la dejeis. Entre las personas que mas os echarán de menos, yo conozco una...

Ele. ¡Ah! Bien puedes nombrarlo. ¡Desgraciado Torcuato! Objeto del ódio y la envidia vil de los cortesanos, tú caerás de la gracia del duque; y entonces, ¡qué será de tí lejos de tu protectora!

Mar. Verdad es que tiene mucho que temer de sus enemigos. Ya ese indigno Belmonte anda esparciendo en la corte las calumnias mas atroces, calumnias que recaen tambien sobre V. A.: dice que el Tasso os profesa el amor mas tierno.

Ele. María, es necesario que te lo confiese; yo tambien lo creo asi, á pesar de que él jamas me ha dicho una sola palabra en que me diera á entender un amor que no puedo ignorar. Si cuando lo veo temblando por la distancia que nos separa le manifiesto el interés de una amiga, el cariño de una hermana, esta ligera preferencia le hace tan feliz, que el placer de su alma hermosea su rostro. Yo soy para él un ser sobrenatural; el lugar que yo habito le parece un templo; su imaginacion se exalta, se eleva su voz, brillan sus ojos, y las palabras que se escapan de sus trémulos lábios me dan á conocer la agitacion de su alma.

Mar. Conozco por lo que acabais de decirme el motivo de la agitacion que sintió al entregaros la carta del duque.

Ele. No me es posible pintarte su tormento. Por eso he querido verle para tranquilizarle, y asegurarle que velaré siempre por su suerte. Sí, querida amiga; estoy segura de que si me apartase de él con indiferencia, si no le manifestase el interés que me tomo por su gloria... por su felicidad... moriria de pena. Y yo, ¡cómo sobrevivir á su muerte! Sí, quiero verle; al menos calmaré la agitacion de su exaltado espíritu.

ESCENA II.

Dichas y una Dama.

Dam. El señor Torcuato pide permiso para saludar á V. A. Viene acompañando á una jóven.

Ele. Que entre (1). Afectemos una tranquilidad que no reina en mi corazon; quédate aqui, María.

ESCENA III.

Eleonor, María, *el* Tasso *y* Florella.

Flo. ¡Ah Dios mio, qué salones tan hermosos!

Tas. Señora, vengo á obedecer vuestras órdenes, presentándoos á Florella, mi amable pupila.

Flo. Amigo mio, ¿no me dijisteis que iba á ver á la princesa?

(1) *Vase la dama.*

Tas. Necia, ¿no estas viendo...

Flo. No: esta es la señora que fue á vernos esta mañana, no es la princesa. Una princesa no debe ser asi.

Ele. ¿Con que no quereis reconocerme como tal?

Flo. Es que yo esperaba tener miedo delante de la princesa, y á vuestro lado solo siento el placer de veros.

Ele. Torcuato, sentémonos, y escuchadme (1). Deseaba que tuviésemos una entrevista para pediros algunos consejos acerca de mi situacion (2).

Tas. ¡Yo daros consejos, señora! Solo á vuestro corazon debeis pedirlos.

Ele. Sin embargo, yo esperaba que antes de nuestra separacion...

Tas. ¡Nuestra separacion! Cuando V. A. pronuncia esa palabra debo suponer que ha aceptado ya las proposiciones del duque de Mantua.

Ele. Haré cuanto esté de mi parte por no aceptarlas; pero conozco á mi hermano, y me será imposible triunfar de su obstinacion.

Tas. ¿Y á qué oponer esos obstáculos cuando estais segura de ceder?

Ele. ¿Qué medios puede encontrar una muger, una princesa que vive bajo el poder de un

(1) *Florella y María se retiran al fondo, se sientan.*

(2) *Toda esta escena debe ser á media voz el temor que manifiesta Eleonor de que oiga María.*

hermano, y bajo el yugo de su nacimiento?

Tas. ¡Ah! Perdonad, señora; siempre me olvido de ese yugo del nacimiento.

Ele. Pues esa es la única causa de mi desgracia, y acaso de la vuestra. Mañana mismo ese enviado...

Tas. Mañana partiré yo de estos sitios.

Ele. En efecto, debeis partir, alejaros de aqui. Yo espero que en ese destierro voluntario conservareis la memoria de la desgraciada...

Tas. ¡Yo olvidarme de vuestras bondades! ¡Ah, señora! Creed que vuestra imágen no se borrará jamas de mi memoria Que vuestras facciones, esa belleza encantadora, ese talento sublime...

Ele. Bajad la voz, Torcuato. ¡Ah! Si el cielo me concedió algunas ventajas, solo he conocido su precio desde que vos las habeis cantado.

Tas. Y yo no he conocido mi talento hasta que una feliz casualidad me trajo cerca de vuestro hermano. Desde entonces una secreta agitacion... me parece respirar un aire nuevo; el fuego oculto que abrasa mi corazon engrandece mis ideas, y el amor...

Ele. Hablad mas bajo; mirad que no estamos solos.

Tas. Siempre ha de haber peligros...

Ele. La prudencia lo exije. ¿Hablais, Torcuato del dia en que me fuisteis presentado?

Tas. Hace dos años: ese dia no se borrará jamas de mi memoria.

Ele. Tambien yo estoy muy lejos de haberlo olvidado.

as. ¡Cómo! Al levantar yo los ojos para miraros, al espresar mi admiracion, deslumbrado á la vista de vuestras gracias... ¿vos os dignásteis notar la emocion que se habia apoderado de mí?

le. En aquel momento, fijos tambien mis ojos en el hombre cuya reputacion habia ya llegado á mis oidos, solo noté vuestra turbacion para ocultar la mia.

as. ¡Ah, cuál fue mi gozo cuando el duque me propuso ser oficial de su palacio! Embriagado en el placer de mi alma, me decia á mí mismo: "al menos la veré todos los dias."

le. Y yo desde que conocí la franqueza de vuestro carácter, la generosidad de vuestro corazon, solo á vos os veía en medio de todos esos cortesanos.

s. ¿Os acordais del dia en que saliendo á caza, desbocado vuestro caballo...

le. ¡Que si me acuerdo! Queriendo librarme del peligro, me arrojé al suelo...

s. Yo os recibí en mis brazos.

le. Me estrechásteis contra vuestro corazon...

s. Con una dicha, con un placer...

le. Hablad mas bajo. ¿Y por la noche cuando leíais vuestros versos? Mi hermano y toda la corte os llenaban de elogios, y yo sin decir una palabra fijaba mis ojos en los vuestros.

s. ¡Ah! Sabed que para obtener aquella mirada venia á presentaros el largo trabajo de la noche; á no ser por vos, por vos solamente, por ese encanto que me arrastraba

á vuestra presencia, yo hubiera pasado mi vida, como los demas cortesanos, en el seno de la ociosidad, y no hubiera concluido mi obra; pero vos existiais, y yo queria agradaros. Todos los dias invocaba á Eleonor como á mi musa para que derramase en mi mente su mágica inspiracion; su nombre abrasaba mi alma, las ideas mas generosas se presentaban á mi imaginacion, su abundancia me fatigaba algunas veces; pero el deseo de llegar al cabo me hacia triunfar de todos los obstáculos. El dulce nombre de Eleonor se mezclaba con el de mis héroes; yo la encontraba en la dulzura de Herminia, y en todo lo que me ofrecia belleza y virtud. Esta imágen encantadora, sin cesar delante de mis ojos, era la que me inflamaba... y asi escribia.

Ele. Tambien á mí me parecia veros en los hermosos versos que os inspiraba. Todos vuestros héroes estaban adornados de vuestras virtudes, de vuestra generosidad, y cuando vuestra voz espresaba su amor... me parecia ser yo el objeto. Asi todas vuestras imágenes se grababan en mi corazon, y cuando me retiraba á mi cuarto me gozaba en recordarlas. Solo pensaba en vuestras obras para pensar en vos.

Tas. ¡Eleonor, puedo creer!...

Ele. Silencio; alguien viene.

ESCENA IV.

Dichos y una DAMA.

am. El príncipe de Belmonte pide permiso para hablar á V. A.: dice que lo han calumniado, y que lo atestiguará con Salviati: en fin, dice que es necesario que se justifique.

le. No, yo no quiero recicirle... (Estando aqui el Tasso pensaria...) Decidle que...

m. Aqui está ya.

le. ¡Qué imprudencia! Es mucho atrevimiento entrar asi en mi cuarto, sin saber si yo quiero recibiros.

ESCENA V.

Dichos y BELMONTE.

l. Señora, perdonad mi temeridad; pero me acusan de una infamia, y mas quiero faltar á la etiqueta de la corte, que verme injustamente acusado de haberos faltado al respeto nterpretando mal vuestra conducta. (Ya sabia yo que el Tasso estaba aqui.)

e. Príncipe, no quiero saber nada de lo que rais á decirme; son harto despreciables para mí las injurias de los malvados para humillarme á castigarlas.

. ¿De qué me acusan? De haber dicho que os habeis manifestado demasiado interés or el señor Torcuato. Yo espero, señora, ue no me creais tan imprudente, y sobre

todo tan necio: si yo quisiese dañar la reputacion de una princesa respetable me valdria de otros medios. ¿Cómo podria yo hacer creer á nadie que la hermana de un soberano, una princesa que va á subir al trono, pudiese humillarse, escuchando el amor de un hombre que no tiene fortuna, ni...

Ele. Basta: no admito vuestras escusas: conozco el motivo que os hace dirijírmelas: acordaos de que estais en mi habitacion, y que no podeis entrar en ella sin mi permiso: esperad á que yo os le conceda siguiendo las formalidades de costumbre. Torcuato, esperadme en el salon: tengo algunas órdenes que daros de parte de mi hermano: Florella y vosotras seguidme.

ESCENA VI.

BELMONTE *y el* TASSO.

Bel. (Hé aqui el momento de echar por tierra este atrevido; quiero conservar mi serenidad para irritarle mas.)

Tas. ¿Qué os detiene en este sitio? ¿Habeis olvidado las órdenes de la princesa? ¿Quereis todavia con vuestras calumnias?...

Bel. Yo no he calumniado á la princesa cuando he dicho que se denigra concediendo favores á personas que no los merecen

Tas. Toda persona á quien la princesa distinga merece la estimacion pública.

Bel. Algunas veces muestran las mugeres una ligereza en sus preferencias, que hace con

cer que se equivocan á menudo.

Tas. Eso podrá ser con respecto á algunas mugeres, pero de ningun modo puede aplicarse á la princesa.

Bel. ¿Y por qué? Vosotros los poetas empleais unos medios de seduccion, que nosotros no tenemos, sobre las mugeres... Os escuchan con un interés...

Tas. Nuestro objeto es agradar igualmente á los hombres; pero á los hombres, y no á los que solo conocen las necedades de la etiqueta.

Bel. Y esos hacen mal cuando no admiran las estravagancias de un celebro que delira.

as. Las admiran cuando oyen que el príncipe las elogia.

el. En eso prueban á lo menos su política.

as. Decid su adulacion.

el. Para un poeta palaciego tratais muy mal á los cortesanos.

as. Hay cortesanos estimables; pero yo desprecio á esos cortesanos cuya vida es un tejido de intrigas, que solo saben adular, y engañar á los que temen.

l. Me sorprende que un hombre con esas ideas haga la corte á los príncipes.

s. Yo puedo habitar el palacio de los soberanos, y no por eso perder mi independencia.

l. Ya sabemos el motivo que os hace habitarlo.

s. Yo no he dado derecho á nadie para interpretar mi conducta.

l. Por muchas precauciones que se tomen,

todo acaba por descubrirse.

Tas. Y todo se descubre, porque hay miserables que se honran con los empleos mas viles.

Bel. (Ya se ha irritado.) ¿Creeis acaso que no se sabe que tuvísteis esta mañana una cita?

Tas. ¿Quién es el atrevido que lo ha dicho?

Bel. Yo, á quien nadie puede imponer silencio.

Tas. (1) Sino estuviera en este sitio, yo os enseñaria á respetar una princesa...

Bel. Teneis motivos para defenderla.

Tas. Guardad silencio; mirad que desde la habitacion próxima nos estan oyendo.

Bel. Nada temais.

Tas. (No creí poder contenerme tanto.)

Bel. Es muy singular que me prohibais hablar de la princesa en el momento mismo en que os encuentro solo con ella. ¡Ah! Si os mostrais siempre tan galante para vengar el honor de vuestras damas, os veo entrar en mas combates que los que habeis descrito en vuestros poemas.

Tas. Señor Belmonte, podeis mudar de tono; esa ironía no es del caso.

Bel. A mí me sientan igualmente todos los tonos; pero no sé qué motivos pudiera tener para variar en este momento el que he adoptado.

Tas. ¿Y sabeis en tal caso cuál es el medio que se emplea para imponer silencio?

(1) *Llevando la mano á la espada.*

Bel. Entre vos y yo no le conozco; no me obligueis á recordaros la distancia que nos separa.

Tas. ¿Qué distancia? ¿La que hay de un príncipe á un poeta?

Bel. A pesar de cuanto digais, hay una muy grande.

Tas. Al recordarla aumentais mi orgullo. Yo ocupo un rango en palacio; pero ¿cuál es vuestro empleo al lado de Alfonso? Yo os le diré; seguirle y adularle; el mio, honrarle con mis trabajos.

Bel. ¡Qué insolente orgullo!

Tas. El mismo mostraré siempre delante de esos hombres que solo conocen la vanidad de las clases.

Bel. Necesitais recibir una leccion de modestia.

Tas. Yo no impido á nadie que me la dé.

Bel. Ah, ese es un cuidado que no debe uno tomarse por sí mismo.

Tas. ¡Gran Dios, qué escucho! Pues yo os la daré sin comprometerme, y siento grandes deseos...

Bel. Os guardareis muy bien.

Tas. Ya he probado otras veces que sé castigar á los insolentes.

Bel. Sí, ya conozco vuestras hazañas: podeis probármelas en presencia de testigos, y como la princesa está interesada...

Tas. Por la última vez os prohibo pronunciar su nombre, ó temed mi cólera.

Bel. Si os atreveis á acercaros...

Tas. Ya no soy dueño de mí. (1) Sal de aqui;

(1) *Furioso.*

pero no, tú me has dicho que te valdrias de otras manos para castigarme... ¡y yo he podido sufrir semejante insulto!... Y lo que es mas, has mezclado con miserables calumnias el augusto nombre de Eleonor... Este ultraje será la sentencia de tu muerte. (1) Defiéndete.

Bel. ¿Qué haceis? ¿En el salon de la princesa? ¿Sabeis que las leyes condenan?... ¿Sabeis que hay pena de la vida?

Tas. Defiéndete, miserable, ó te atravieso con mi espada.

Bel. ¡Miserable yo! ¡Qué escucho! Voy á castigarte.

ESCENA VII.

BELMONTE, SALVIATI y TASSO.

Sal. ¿Qué gritos son estos?

Bel. (Salviati, yo triunfo.)

Sal. ¡El Tasso con la espada en la mano! ¿Qué significa esto?

Bel. Acaba de insultarme, y á no ser por mi respeto al palacio del duque...

Tas. ¡Oh! El respeto del príncipe es mucho.

Sal. Y mayor vuestro delito.

Bel. ¿No veis cómo acaba de insultarme? pero bien pronto...

Sal. Príncipe, marchaos; vuestra presencia lejos de calmarle...

Bel. Torcuato, consiento en olvidar la dis-

(1) *Tira de la espada.*

tancia que nos separa. Os espero fuera de palacio (1).

ESCENA VIII.

SALVIATI *y* TASSO.

Sal. ¿Ignorais que vuestra temeridad acaba de esponeros al rigor de las leyes?

Tas. Yo no conozco mas leyes que las del honor cuando me ultrajan.

Sal. Yo os haré aprender las demas como gobernador de este palacio.

Tas. Como gobernador de este palacio no teneis ningun derecho sobre mi persona.

Sal. Lo tengo sobre todo el que falta á las leyes del príncipe, y vos obedecereis mis órdenes.

Tas. ¡Ordenes!... No las recibo ni aun del duque; si me las diese le dejaria en el instante.

Sal. ¿Y qué pensais que sois aqui?

Tas. No soy nada, y por lo mismo no puedo depender de nadie; y si Belmonte no me da satisfaccion de este ultraje...

Sal. Bah... Bah... ¿Quién ha visto batirse á los poetas? Que hagan batir á los demas en sus versos sea enhorabuena; pero... vamos, Torcuato, entregadme vuestra espada.

Tas. Yo no me dejo desarmar.

Sal. Si al instante no me obedeceis llamo la guardia de la princesa.

(1) *Vase.*

Tas. Llamadla. Yo sucumbiré á la fuerza, pero solo muerto caeré en vuestro poder.

Sal. Esto ya es demasiado... ¿Guardia? (1) En nombre del duque os mando prender á Torcuato, y conducirle...

Tas. En nombre del duque, si os atreveis á tocarme, os hago responsables de la sangre que se derrame.

ESCENA IX.

Dichos, Eleonor, María *y* Florella.

Ele. ¿Qué oigo? Deteneos; Torcuato...

Sal. y Tas. ¡La princesa!

Ele. ¿Qué motivo os obliga á usar de esta violencia con el Tasso?

Sal. Cuando V. A. sepa que desobedeciendo todas las leyes de la disciplina...

Tas. Ya os he dicho que no soy soldado.

Sal. Ha sacado la espada en este salon.

Tas. Contra el cobarde Belmonte, que me ha ultrajado en mi honor.

Sal. Le pedí la espada en nombre del duque.

Tas. Yo reclamé su justicia.

Sal. Por haber faltado á las leyes le mandé rendir las armas y entregarse preso.

Ele. ¿No podiais esperar á la llegada de mi hermano?

Sal. Yo respeto mucho las órdenes de V. A.; pero el obedecerla en este instante seria un acto de debilidad que me deshonraria á los

(1) *Salen cuatro guardias.*

ojos de mis inferiores. He pronunciado ya sobre la suerte de Torcuato: nada me hará faltar á mi deber: tengo derecho de enviarle á una prision.

Tas. ¡A una prision! ¡Yo! (1)

Sal. Tengo facultades para hacerlo, y muerto ó vivo sufrirá esta sentencia.

Tas. ¡Yo á una prision! ¡A una prision! ¡Yo! (¡Qué recuerdos!)

Ele. (En vano intentaré oponerme; no alcanza tanto mi poder.) Torcuato no cederá á vuestras órdenes, pero cederá á las mias: dadme vuestra espada.

Tas. ¡Ah, señora! Y mi vida si la quereis os pertenece toda entera (2).

Sal. Enhorabuena: aunque este desarme no está hecho en regla, quiero pasarlo por alto... guardia, atencion...

Ele. Poco á poco, Salviati; no es necesario ese aparato militar: Torcuato, presentaos en la prision de palacio: obedeced.

Tor. Yo voy á encerrarme con él.

Sal. No lo permito: sino se hubiera resistido...

Ele. Salviati, ¿quereis aflijirme?

Sal. ¡Ah! Si heris mi sensibilidad...

Tas. ¿Con que me conducen á una prision?... Vamos; pero el corazon me dice que será funesta para mí.

Ele. Desechad esas ideas; mi hermano volverá pronto, y mañana...

(1) *Furioso.*

(2) *Dobla la rodilla, y presenta su espada: Leonor la entrega á Salviati.*

Tas. ¡Mañana! Mañana, ya lo sabeis, seré completamente desgraciado. A Dios, señora (1).

Sal. ¡No querer entregar su espada á nadie mas que á la pricesa! Estos diablos de poetas no hacen nunca las cosas como los demas.

ESCENA X.

ELEONOR *y* MARÍA.

Ele. Querida María, la prision está á dos pasos de aqui; es preciso que sigas al Tasso: he leido en sus ojos una turbacion que me horroriza.

Mar. Os entiendo, señora, y obedezco.

ESCENA XI.

ELEONOR.

Mi hermano aprobará sin duda mi conducta: Torcuato no conoce ninguna subordinacion: vive independiente, como su genio: no hubiera cedido á esas formalidades militares, y Salviati, á pesar de la bondad de su corazon, hubiera empleado la violencia para asegurarse de su persona: ¡cuál hubiera sido entonces el resultado!... Pero ¿cuál habrá sido el motivo del furor del Tasso?... ¿Cuál

(1) *Vase.*

ha de ser? ese Belmonte, que siempre le insulta y le desprecia. ¡Despreciar á ese grande hombre! ¡Ah! Su orgullo irritado no habrá podido sufrir... porque el orgullo acompaña tambien al genio. Otra idea me atormenta: ¿si habrá creido Torcuato que le he hecho conducir á la prision para recibir al enviado de Mantua? ¿Será este acaso el motivo de la turbacion que le agitaba en el momento de marchar? Esta idea me inquieta. ¡Ah! Yo hubiera debido, á pesar de Salviati...

ESCENA XII.

ELEONOR *y* MARÍA.

Ele. Y bien, María, ¿has acompañado á Torcuato?

Mar. ¡Ah, señora! ¡En qué prision tan horrorosa lo han metido! Florella estaba toda asustada. A pesar de las instancias de Torcuato no ha querido separarse de él. He hecho llamar á su madre para que venga á cuidarla.

Ele. ¿Y será él tan débil que se aflija? A la palabra prision me pareció oirle decir que seria funesta para él.

Mar. Sí señora; nos ha hablado de una prediccion... pero nos lo contaba casi riendo.

Ele. ¿Qué me dices?

Mar. Como la niña lloraba al verse alli, el le dijo: "No llores, Florella; mañana tal vez saldré de aqui." Sin embargo, me dijo en tono muy sério: "Si he de dar crédito á lo

que me pronosticaron en mi juventud, solo saldré de la prision para entrar en la tumba."

Ele. ¡En la tumba!

Mar. Y como vió que yo me inmutaba, empezó á burlarse de su credulidad: despues se levantó de repente, y recorrió el encierro esclamando: "Estas parades me oprimen el corazon; yo quisiera apartarlas de mí. ¡Ah! Yo me ahogo en este encierro."

Ele. Es verdad; esa sensibilidad que tanto amarga la vida puede conducirle á la desesperacion, y ese pronóstico en vano se burlaba de él. Yo estoy segura de que lo cree. María, su imaginacion no puede tranquilizarse. Acaso creerá tambien que yo puede salvarle... no hay duda, su orgullo ofendido, esa prediccion, el temor de perderme, todo habrá exaltado su ardiente imaginacion. Torcuato debe ser en este momento el hombre mas desgraciado, y si la voz de la amistad no consuela su corazon, ¿quién sabe al estremo que podrá arrastrarlo la turbacion de su alma. Esta idea me hace temblar. Es preciso que yo le hable al instante.

Mar. ¿Y pensais, señora, entrar en su prision? ¡Ah! Si la corte, si vuestro hermano llega á saberlo...

Ele. No lo sabrá: algunos instantes de entrevista bastarán á tranquilizar su alma. La oscuridad nos favorece. Vamos á su prision; le veré, le desengañaré, procuraré tranquilizarlo, y sabrá á lo menos que soy inocente, y que me es mas doloroso que á él verlo privado de su libertad.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una prision.

ESCENA I.

El Tasso *y* Florella (1).

lo. Sí, estoy segura de que apenas venga el duque de caza os enviará á llamar para que ceneis con él.

as. Pobre niña, qué equivocada está: no, no; yo no saldré de esta prision bajo pretesto de castigar mi falta; me alejarán de la corte, porque mañana es cuando Eleonor será esposa del duque de Mantua... El duque es un gran político, ha penetrado el secreto de mi corazon. Una tarde me decia, hablando indirectamente, "que siempre era uno dueño de sofocar una pasion."

o. Hé aqui una conversacion del mismo género que las que soliamos tener en el bosque: él habla de una cosa y yo de otra.

s. Tambien solia decirme: "Vivid solamente para la gloria;" pero cuando el amor se apodera de nuestra alma, ¡ qué vale esa gloria

(1) *Florella sentada á un lado del teatro tendo un sombrero de paja. El Tasso al otro lo sentado junto á una mesa, y pensativo.*

tan envidiada! No es mas que un vano sonido que vuela como el humo; ruido, nada mas que ruido. Jamas los elogios ni las aclamaciones derramaron en mis sentidos este fuego encantador que me causaba no hace mucho una sola mirada de Eleonor.

Flo. Nunca me dirije la palabra, y esto me incomoda: á la verdad que si yo fuese habladora, tambien podria enredar una conversacion que durase tanto como la suya.

Tas. ¡Qué prision! ¡Cuántos gemidos habrán resonado en estas bóvedas!... ¡Qué terror se apoderó de mí al entrar en este sitio! El pronóstico de mi niñez no cesa de presentarse á mi memoria... "No saldrás de la prision sino para entrar en la tumba." ¡Ah! si Alfonso supiera que su hermana... Todo deberia temerlo de su venganza. Tomarán mi amor por un delirio, por una locura, me cargarán de cadenas... Esta idea me hace estremecer: sí; aqui moriré de miseria... y cuando yo no exista, los mismos que me persiguen concederán á mis reliquias ilustres funerales: la envidia se apaga en el sepulcro; acaso ellos mismos harán mi elogio, al menos podrán decir con verdad, "hizo bien alguna vez, no hizo mal á nadie; fácilmente se irritaba, pero mas fácilmente se calmaba, y supo perdonar á sus enemigos." Sí, no puedo menos de esperarlo; el desgraciado Torcuato hará derramar lágrimas á la posteridad.

Flo. ¡Qué triste parece que está!

Tas. ¡Ah! Mi pena se aumenta cada vez mas á la vista de estas paredes. Si pudiera ins-

truir á Eleonor de lo que pasa en mi alma... Voy á escribirla : sabrá que de ella sola es de quien espero el consuelo de mis penas...

lo. ¿Qué buscais, amigo mio?

ns. Mi cartera; mis papeles...

lo. ¡Ah! ¿Quereis trabajar? Lo he puesto todo en la otra habitacion, porque habeis de saber que tenemos muchas; asi es que el alcaide nos dijo: "Vais á estar alojados como unos príncipes." Es verdad que la mejor pieza es esta, y por ella se puede juzgar de las demas

ns. Escucha, Florella; voy á escribir un rato. Cuidado con que vayas á distraerme. (¡Ah, cuánto sentiré morirme sin haber asegurado la subsistencia de esta niña!)

ESCENA II.

FLORELLA.

uánto me quiere mi buen protector! Una vez que estoy sola vamos á la leccion. Cómo se admirará cuando vea que le recito todo su primer canto. Empecemos:

Canto las pias armas y el guerrero
que el sepulcro de Cristo rescatando,
a santa empresa acometió el primero
el corazon y el brazo fatigando:
a Asia y la Libia y el infierno entero...

ESCENA III.

El Alcaide *y* Florella.

Alc. (1) Con el favor del cielo contrastando,
bajo de los sagrados pabellones
convocó sus errantes campeones.

Flo. ¿Tambien vos recitais los versos de mi amigo?

Alc. En Italia, ¿quién no los sabe?

Flo. Y entre tanto que nosotros sentimos el placer que nos dan sus cantos, el autor está aqui preso.

Alc. Va, va: no es tan digno de lástima como pensais. Una prision como la suya es envidiable. Apenas entra, y ya tiene visitas... y señoras de la corte... digo que son señoras de la corte porque... pues... las señoras de la corte tienen un aire... asi...

Flo. ¿Señoras que vienen á vernos á estas horas? Es imposible.

Alc. Pues no es imposible; y digo que son señoras de alto coturno... y la prueba está aqui; sino lo fueran no darian bolsillos como este. Y como no me han prohibido que deje entrar á sus amigos, vendrá á verlo toda la corte, y yo dejaré entrar á todo el mundo... y gratis... Con que una vez que vos sois el ama de la casa, me direis si quereis que entren.

Flo. Yo iria á preguntárselo á mi amigo... pero como me ha dicho que no vaya á dis-

(1) *Oyendo á Florella.*

traerle... ¿y por qué no han de poder entrar en este salon? Está decidido; vaya, decid á esas señoras que pasen adelante.

Alc. Voy á obedeceros, señora; voy á decirlas que entren al salon; vaya un salon bonito. ¡Qué picaruela! (1)

Flo. Estos carceleros no saben una palabra de política.

ESCENA IV.

FLORELLA.

Pues señor, yo tambien voy á tener visitas; y me alegro, porque mi amigo piensa estar mucho tiempo en ese gabinete, y hubiera yo pasado mucho miedo... mientras es de dia no tanto, pero ahora que es de noche... ¡Ay Dios mio! ¡Qué malo es pasar la noche en una cárcel! Pero ya vienen, y el alcaide trae luz; no va tan malo.

ESCENA V.

FLORELLA, *el* ALCAIDE, ELEONOR *y* MARÍA (2).

Alc. Señoras, tened la bondad de sentaros, y vos marchad (3).

(1) *Vase.*
(2) *Tapadas.*
(3) *Al alcaide, que se va, y deja la luz sobre la mesa.*

Mar. Florella, ¿no nos conoces? (1)

Flo. ¡Sois vos, condesa María! ¡Dios mio! ¡Y la princesa! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro de veros! ¡Qué contento se pondrá mi amigo!

Mar. Sí; pero cuidado con decir á nadie que hemos venido.

Flo. ¡Ah! No tengais cuidado. Hace mucho tiempo que sé guardar un secreto.

Ele. ¿Y Torcuato? ¿Dónde está?

Flo. En esa otra habitacion... Os está escribiendo.

Ele. ¿A mí, Florella?

Flo. Sí señora, á vos: aunque no me dirijió la palabra ni una sola vez, le oí decir. "¡Ah es preciso que sepa Eleonor que ella sola puede consolarme."

Ele. No perdamos tiempo; yo quiero hablarle.

Flo. ¡Ay Dios mio! Si le distraigo me va á decir: "¿qué busca aqui esta enredadora?" Pero que venga conmigo la condesa, asi la verá, y de fijo la recibirá bien, porque no dudará que viene de parte de la princesa.

Mar. Pues bien, querida Florella, llevadme donde está vuestro amigo.

ESCENA VI.

ELEONOR.

Todo lo que oigo, lejos de hacerme arrepentir de mi imprudencia... En efecto, con la re-

(1) *Descúbrese.*

solucion que he tomado no temo ya la cólera de mi hermano...

ESCENA VII.

ELEONOR *y el* TASSO.

as. ¡Será cierto! ¡Qué dicha! ¡Señora! ¡Hermosa Eleonor!

le. ¿Podiais dudar jamas de los sentimientos de vuestra amiga?

s. ¡Ah! ¡Qué deliciosa es para mí vuestra presencia! ¡Qué encanto derramais en mi alma! Hace un momento que la tristeza me abatia; ni aun osaba levantar los ojos para mirar estas paredes en que las manos de tantos desgraciados han grabado sus infortunios. Mi alma, recorriendo los pasados tiempos, se dolia de sus males, sentia su dolor; pero os presentais vos, Eleonor, y este horrible sitio me parece un templo consagrado á la dicha de la humanidad.

e. Mi objeto al venir á visitaros en este sitio, esponiéndome á la crítica del vulgo, ha sido solo aseguraros que cuando os hice obedecer la órden de Salviati fue para libertaros de mayor desgracia.

. ¿Y podeis vos, acaso, hacer algo que no leve el sello de vuestras bondades, y de uestra alma angelical? ¡Ah! En el momento en que me anunciaron vuestra augusta resencia, no encontraba yo en mi corazon spresiones bastante fuertes para pintaros mi econocimiento. Sin embargo, en medio de

esta dicha que me encanta, en medio de los recuerdos de aquella entrevista tan dulce que está grabada en mi memoria con caractéres de fuego... una idea horrorosa viene á turbar mi alma: me es imposible ocultárosla; mañana... es mañana cuando ese enviado del duque de Mantua viene á reclamar vuestra mano... y yo, Eleonor, yo me veré lejos de vos, acaso olvidado, despreciado...

Ele. Torcuato, no seais injusto. En el momento en que me espongo por vos á toda la cólera del duque, ¿debeis temer que me falte valor para resistir á todas sus seducciones? Si arrostro todos los peligros por venir á veros á vuestra prision, por consolaros en vuestras penas, es porque no temo los resultados de mi determinacion. ¿Que podrá la severidad de mi hermano? ¿Condenarme á vivir en un retiro? ¡Oh! ¡Cuánto lo deseo! Sí, puesto que me es imposible hacer la felicidad de quien amo, será una dicha para mí perder de vista una corte que me importuna.

Tas. ¡Ah! ¡Cuál penetra mi corazon vuestra encantadora voz! Eleonor, puesto que os pierdo, nada debe existir para mí. Se perdieron para siempre aquellas sensaciones deliciosas que agitaban mi alma; y el encanto de la poesía, y sus hermosas imágenes, ¿quién me las podrá inspirar?... Aquella que me las inspiraba, aquella á quien he debido toda mi gloria, ¡no existirá para mí! Estoy resuelto: voy á unirme á los mas austeros solitarios; partiré con ellos sus trabajos, sus penas; y

me regocijaré de que el silencio sea la primera ley de mis hermanos.

Ele. ¿Y por qué, amigo mio, buscar un destino tan triste? ¿Por qué apresurarse la muerte?

as. Para reunirnos cuanto antes en un mundo mejor. Pero el tiempo corre con rapidez; no pensemos ahora en los tormentos que nos amenazan. Eleonor, antes que una eterna separacion pronuncie la sentencia de mi muerte... tranquilizad mi alma, dejad en mi pecho recuerdos de felicidad... Decidme: "yo os amo..." "yo os he amado siempre."

le. ¿Duda Torcuato de mis sentimientos? Hoy, hoy mismo, este corazon que oculta hace largo tiempo tan culpable secreto, ¿no se ha descubierto ya á vuestros ojos? ¿Esta boca no ha confesado ya mis errores? ¿No ha dicho mil veces "Torcuato, yo os amo?" Cielos, ¡qué mirada es esa!

s. ¡Vos me amais! ¡Me lo decis! ¡Y no temeis repetirlo! Sí, no me cabe duda, me amais; ¿y hablamos de separarnos? ¡Yo! ¿Iré yo á consagrarme al servicio de Dios cuando una sola criatura ocupa mi pensamiento? ¿Dirijiré mis plegarias al cielo cuando mis ojos no ven mas que un objeto profano! En todas partes sólo veré á Eleonor... No, no; jamas cometeré tan horrendo sacrilegio; el dia de nuestra separacion iré á pedir á mi amante que me dé la muerte, ó me la daré á sus pies.

e. ¿Por qué hablar de la muerte?

. ¿No es ella la que debe terminar mis pe-

nas? ¡Ah! ¡Si fuera cierto que Eleonor me amaba! ¡Ah!... Si no quisiera sacrificarme á las preocupaciones del orgullo... Pero Eleonor es princesa.

Ele. Y qué preocupaciones no estoy yo pronta á sacrificaros.

Tas. Al instante voy á saberlo. Querida Eleonor, vos me amais, me lo habeis dicho, debo creerlo.

Ele. Sí, os amo... ¡pero qué terror involuntario...

Tas. Aun sois la princesa... ¡Terror involuntario! Mil combaten á la vez mi corazon. Dadme la mano; ponedla sobre este corazon; no temais comprometeros, que tambien es noble.

Ele. ¡Ingrato! ¡Teneis valor de hablarme de este modo! ¡Ah! Si no viera el esceso de vuestro amor...

Tas. No acabeis; mucho mas tendreis que perdonarme. Eleonor, veamos, veamos, si vuestro rango, si vuestras preocupaciones son mas poderosas que vuestro amor.

Ele. ¿Qué quereis de mí? (1) Me haceis temblar.

Tas. Una sola palabra va á decidir mi suerte. Yo no puedo perderos sin morir, y no debo encerrar la verdad en el centro de la tumba. Si es cierto que me amais, renunciad á toda idea de rango y de fortuna; yo no quiero de vos sino la igualdad de vuestro amante. Arrojad lejos de vos todo lo que seduce los hombres... todos esos falsos prestigios de la vanidad... sed mi esposa.

(1) *Temblando.*

Ele. Ese himenéo me colmaria de placer... ¿pero cómo?

Tas. Yo os lo diré. Mientras aqui reina vuestro hermano, hay mil regiones que pueden sustraernos á su venganza: yo sé los medios de partir... Acompañadme allá: seguidme. Para ser feliz ¿necesitais acaso inmensos palacios. Si no os encontrais atada con cadenas de oro á esos efímeros placeres, unid vuestra suerte á la mia. Allá encontraremos un refugio contra los hombres, un asilo contra su furor; ya sea en las cavernas del Cáucaso, ya en las hondas nieves de la Siberia, donde quiera que pueda estrecharse contra el seno un corazon abrasado, alli debe encontrarse la felicidad.

Ele. ¡Oh cielos! ¡Qué me pedís! Cuanto mas os escucho mas se aumenta mi terror; mas imposible veo la ejecucion de vuestro proyecto; nuestra fuga debe acarrearnos las mas terribles desgracias; pero vuestro amor tiene tal poder para mí, que no tengo fuerza para resistiros. El sentimiento que me arrastra hácia vos, y que en vano intento resistir, triunfa de mi corazon... En vano me advierte que corremos á nuestra perdicion. Yo veo abrirse el abismo... Vos lo quereis, y corro á precipitarme en él, disponed de vuestra Eleonor.

Tas. (1) ¡Eleonor! ¡Eleonor mia! ¡Adorada de mi corazon! Debajo de esta bóveda sombría, á la pálida luz de aquella

(1) *Exaltado.*

antorcha, en presencia del Dios que vamos á implorar, ¡osarás pronunciar el juramento de ser mi esposa!

Ele. Sí; yo juro ser tu esposa, y consagrar mi vida entera á hacer tu felicidad.

Tas. Toma esta sortija; yo he recibido la tuya. Lejos de nosotros los príncipes. Eleonor ya eres mi esposa. Rayo esterminador, aniquila al primero que falte á su juramento. Mas ¡qué digo, insensato! ¡Oh! No... perezca yo solo, pues siempre la amaré, aunque ella me abandone.

ESCENA VIII.

Dichos y el Alcaide.

Ele. Oigo ruido.

Alc. Vengo á avisaros que el gobernador viene aqui (1).

Ele. ¡El gobernador! Estoy perdida (2).

Tas. Entrad en esa habitacion; no temais nada; yo haré de modo que se vaya.

ESCENA IX.

Tasso *y* Salviati.

Tas. ¿A qué viene aqui Salviati? ¿Acaso á anunciarme mi libertad? Sin duda ha llegado el duque.

Sal. ¿Os admirais de verme aqui, señor Tor

(1) *Vase.*
(2) *Echase el velo.*

cuato? Sin duda me creeis un hombre muy severo por el lance de hoy, pero yo no hice mas que mi deber.

Tas. Yo no me quejo de vos: solo invocaba la justicia del duque, y entonces hubieseis visto...

Sal. Todo eso es muy bueno: vos podiais tener cien mil veces razon en el fondo; pero teniais la espada en la mano, la órden es terminante, y nosotros los militares no conocemos mas que la consigna, y nunca atendemos á razones; yo hubiera puesto preso á mi padre en semejante circunstancia; por lo demas, vengo á hablaros del príncipe Belmonte.

Tas. Dejemos eso, señor gobernador. Estando yo preso no es ocasion de tratar de ese asunto: despues se compondrá todo: si no teneis otra cosa que decirme espero que me hareis el gusto de dejarme gozar de mi soledad; esta es una gracia que no me podeis rehusar, y espero...

Sal. ¿Con que eso quiere decir que me vaya? (1) Ah, ah, ah, ¿con que quereis gozar de vuestra soledad...

Tas. (¡Gran Dios! ¡Si sabrá!...)

Sal. Ya lo veo: cuando la soledad está poblada de dos bonitas muchachas... aunque no las he visto debo suponerlo: el señor Torcuato es tan querido de todas las damas, que sin duda habrá dado la preferencia á las mas bonitas.

(1) *Riendo.*

Tas. Señor gobernador, no estoy para bromas.

Sal. Al instante os formalizais, señor Torcuato. ¿Qué hay de particular en que procureis distraeros. El duque es un poco amigo de estas intriguillas, y cuando sabe que algunas de las damas estan en algun negocio espinoso ya tiene con que divertirnos por las mañanas.

Tas. (¡Qué suplicio de hombre!)

Sal. ¿Pero donde diablos las habeis escondido Porque yo bien sé que ellas no han salid de aqui: el mismo alcaide me lo ha dicho y por mas que miro... ¡Ah! ya caigo: si n me equivoco por aqui ha de haber otr cuarto.

Tas. Si fuera cierto que algunas señoras, not ciosas de mi arresto, hubiesen venido á ve me, debeis conocer, señor gobernador, qu vuestra presencia en estos sitios no deb agradarme.

Sal. Si yo he venido aqui ha sido solo con deseo de serviros.

Tas. No sé en qué podais servirme.

Sal. Yo os lo diré. Pasando yo por la plaza llegó Belmonte á advertirme...

Tas. Siempre se ha de mezclar ese miserable.

Sal. Vamos, amigo mio, tranquilizaos, y de jadme acabar: pues señor, vino á decirm que se habia agolpado una porcion de gen á la puerta de la prision, á fin de ver sal dos mugeres tapadas que habian visto entr al amanecer.

Tas. (¡Cielos, qué escucho!)

ESCENA X.

Dichos, Belmonte *y el* Alcaide (1).

Bel. No os ofendais, señor Torcuato: vos sereis el primero que os alegrareis de mi visita cuando sepais el motivo...

Tas. Es preciso que ese motivo sea muy importante.

Sal. Vamos, á un lado resentimientos, y al asunto.

Bel. Acababa de separarme de vos, señor gobernador, cuando ví á la puerta de la fortaleza un grupo de gente...

Sal. Bien, eso ya lo sabemos; adelante.

Bel. Sí, pero este grupo se aumentó considerablemente despues que vos entrásteis; me acerqué á escuchar, y oí que hablaban de unas mugeres que habian entrado furtivamente en la fortaleza... hasta aqui nada hay de particular. El señor Torcuato puede tener amigas; pero juzgad de mi indignacion cuando entre otras cosas oí pronunciar los nombres de la condesa María y de la princesa.

Tas. (Este traidor es el que lo ha inventado.)

Sal. ¡Qué infamia! ¿Y no habeis castigado á esos miserables?

Bel. Ese era mi intento; pero en vano quise hacer que callasen esos imprudentes: todos

(1) *El alcaide, despues de introducir á Belmonte, se va.*

ellos se reunieron para convencerme de que decian la verdad.

Tas. Esos imprudentes que vos mismo habeis juntado á la puerta...

Sal. Por Dios, señor Torcuato, es verdad que es cosa terrible... qué diablo; yo no puedo emplear la fuerza contra unos hombres que se reunen á una puerta á hacer congeturas.

Tas. (¡Terrible situacion! Y cuando la princesa sepa...)

Bel. Voy á daros un medio muy sencillo, gobernador, y que está en el interés del señor Torcuato y de las damas que han venido á visitarle.

Tas. (¡Alguna nueva perfidia!)

Sal. Sepamos pronto ese medio.

Bel. Que el señor Salviati, despues de asegurarse por sus propios ojos de que la princesa no está aqui, lo asegure, bajo palabra de honor, á esos imprudentes: la reputacion que goza...

Tas. (¡Y no he de castigar á este infame!)

Sal. Tiene razon; voy á saludar á esas señoras, y en seguida...

Tas. No las vereis.

Sal. ¿Quién diablos me lo ha de estorbar, puesto que estan aqui?

Bel. (Al fin me veré vengado.)

Sal. Por mi empleo tengo derecho de registrar estos sitios...

Tas. Si os acercais...

Sal. ¿Qué hareis?

Tas. Heriros con este puñal.

Sal. ¡Insensato!

Bel. ¡Qué audacia!

Tas. Lo repito, si dais un paso mas sois muerto.

ESCENA XI.

Dichos y el Duque.

Duq. ¿Qué es eso de muerto?

Todos. ¡El duque!

Tas. (¡Todo se ha perdido!)

Sal. V. A. llega á tiempo. Cuando sepa que Torcuato, á quien me he visto obligado á prender...

Duq. Ya sé el motivo: mi hermana me lo ha enviado á decir.

Bel. Cuando V. A. sepa que el objeto de la disputa...

Duq. Príncipe Belmonte, nada quiero saber, porque tendria mucho que castigar. ¿Pero por qué tiene el puñal en la mano?

Sal. Ese loco queria herirme.

Tas. Habeis querido saber mis secretos contra mi voluntad, y yo no he querido que los supieseis.

Sal. Era por vengar el honor de la princesa vuestra hermana.

Duq. ¿Quién se ha atrevido á ofenderla?

Sal. Unos insolentes reunidos á la puerta de la prision decian que la habian visto entrar aqui.

Duq. Conozco el autor de esa voz.

Sal. Y como en efecto el señor Torcuato tenia aqui visitas, he querido entrar en ese cuarto para conocer á las señoras...

Duq. ¿Y él armado de un puñal defendió la e
trada? Ha hecho muy bien.

Sal. Pero era con el objeto de poder afirm
bajo palabra de honor que no estaba aqui
princesa.

Duq. ¿Quién se ha atrevido á decir que la pri
cesa estaba en estos sitios?

Sal. Segun Belmonte todos esos que estan
la puerta.

Duq. Príncipe Belmonte, no os diré todo
que pienso en este momento; id á palac
y esperadme en mi cuarto.

Bel. (Soy perdido.) Obedezco á V. A.

Sal. (Si me habrá hecho hacer este mald
príncipe alguna necedad?)

Duq. Siempre han de abusar los malvados
la lealtad del hombre de bien. Disipad á es
ociosos, que acaso ya se habrán marchac
Salviati, vos cenareis conmigo; tenem
que hablar.

ESCENA XII.

El Tasso *y el* Duque.

Tas. (¡Cuán grande es mi turbucion! Todo
que oigo, todo lo que veo me hace cr
que lo sabe.)

Duq. Princesa Eleonor, condesa María, s
al instante.

Tas. ¡Todo lo sabe! V. A. se dignará perc
nar á la princesa si su bondad...

Duq. Yo no acuso á mi hermana; ¿por qué
defendeis vos?

ESCENA XIII.

Dichos, Florella, Eleonor *y* María.

Duq. Acercaos, querida Eleonor. Sois muy imprudente, pero tambien habeis sido muy desgraciada; no teneis por qué temblar, puesto que no sois culpable: volved á palacio; nadie os seguirá: entrad en vuestro cuarto; mañana por la mañana iré á veros... hablaremos: vos contareis vuestras penas á un amigo, que hará lo posible por consolaros: marchad.

Tar. Venid, Florella.

ESCENA XIV.

El Tasso *y el* Duque.

as. (Esa tranquilidad me hace temblar.)

uq. Torcuato, debeis agradecer mi moderacion.

is. Yo pudiera justificarme...

uq. No hablemos mas sobre este asunto... Mañana partireis á Roma.

is. ¡Partir á Roma!

uq. Clemente VIII os llama: quiere renovar en vos el triunfo con que fue honrado Petrarca. Sereis coronado en el Capitolio. Esta noticia puede consolar vuestras penas.

s. Pero señor, ¿quién os ha dicho?...

iq. Los diputados acaban de llegar: volved á palacio, y preparaos á partir... ¿Qué es eso? ¿No os sentis gozoso, arrebatado?...

Tas. Los grandes honores no halagan mi alm
y una secreta voz me dice que no gozaré
ellos.

Duq. El amor de vuestra patria os hará qu
los goceis: asi sereis el ejemplo de los po
tas venideros, como tambien les servireis
modelo... Vamos (1), Torcuato, dentro
algunos meses volveremos á ser amigo
A Dios.

ESCENA XV.

El Tasso.

¡Venirme á elogiar en el momento en que qu
re separarme de Eleonor! ¡Separarme! J
mas. Ella me pertenece: ha jurado unir
suerte á la mia. Sí, yo partiré de aqui, p
ro no á Roma. ¡Me ha hablado de glor
de triunfos, de coronas!... ¿Qué tiene e
que ver con la felicidad? ¡Felicidad! ¡Sc
la encontraré en la posesion de Eleonc
¡La esperanza de una dicha tan grande ha
palpitar mi corazon con una violencia
¡Todo mi ser está agitado, mi cabeza e
ardiendo! Me parece que mi memori
Necesito tranquilizarme, y no sucumbir
esceso de una conmocion... ¡Qué dich
por venir se me presenta! ¡Orgullo, pre
cupaciones, pronto os despreciare! Venid
disputarme mi adorada, venid á arranc
mela al fondo de los desiertos, donde cor
mos á ocultarnos.

(1) *Dándole la mano.*

ACTO QUINTO.

El teatro representa un magnífico salon. Por entre las columnas que terminan el fondo se ve la parte esterio del palacio y los jardines.

ESCENA I.

ELEONOR.

Mi hermano me llama á su cuarto... tiemblo de presentarme á su vista: á pesar mio penetrará mi corazon. ¡Si supiera que ayer en la prision del Tasso juré!... ¡Insensata! Si falto á mi juramento, ¡á qué esceso de desesperacion podré arrastrar á mi desgraciado amigo! (1) ¡Qué horroroso temblor le agitaba! ¡sus manos estaban ardiendo! ¡Sus miradas me estremecian! ¡Ah! Si la razon no ha logrado tranquilizarlo, ¡en qué estado tan funesto se vá á sumerjir! ¡Y qué, arrebatada por nuestro culpable amor he podido prometer abandonar á Alfonso para seguir á Torcuato á regiones estrañas!... ¿En qué parte de la tierra podremos libertarnos de la venganza de mi hermano?

(1) *El duque aparece al paño.*

ESCENA II.

El Duque *y* Eleonor.

Duq. En ninguna, Eleonor.

Ele. ¿Mi imprudencia os ha revelado?...

Duq. Lo que ya sabia; vuestro amor; ¡per proyectar una fuga! ¡Ingrata! Este nuev ultraje justifica toda mi severidad, y me au toriza para castigar á un pérfido seductor.

Ele. ¿Qué vais á hacer?

Duq. Si no haceis en el instante lo que la r zon y el honor exijen, mando encerrar Torcuato en el mas oscuro calabozo.

Ele. ¡Alfonso! ¿Y sereis tan cruel?...

Duq. Lo que acabo de saber bastará para ju tificar este rigoroso tratamiento á los oj de todos los soberanos de la Europa.

Ele. Pero ayer vuestra indulgencia...

Duq. Decid mi política. Antes de todo me t caba cubrir vuestra falta: ¿habeis reflexi nado cuáles pudieran ser sus consecuencia ¿Habeis olvidado que vuestra mano está pr metida, y que este ultraje hácia el duq originaria una guerra en que la sangre mis vasallos... Para evitar semejante de gracia, Torcuato, condenado á una eter prision...

Ele. ¡Una eterna prision! Piedad, pieda hermano mio; ¡no puedo yo salvarlo!

Duq. Solo hay un medio; que escribais al in tante lo que os voy á dictar.

Ele. Me haceis temblar... (Yo conozco á

hermano, si no cedo... ¡Infeliz Torcuato!)
Obedezco.

)uq. (1) "Torcuato, mi hermano lo sabe todo: ha penetrado el secreto de mi corazon; pero es tan indulgente que ha perdonado mi imprudencia: tambien á vos os perdona vuestro delito..."

'le. ¡Hermano!...

uq. Escribid. "Vuestro delito, si consentis en alejaros de la corte y olvidarme para siempre..." No firmeis.

ESCENA III.

Dichos y María.

q. Condesa, llegais á tiempo: vos sois amiga de la princesa, y sabreis sus secretos; imaginad si debo estar descontento; pero el mal puede repararse. Llevad este billete á Torcuato, y decidle de mi parte que salga mañana para Roma, y acepte los honores que le conceden; pero que si se empeña en permanecer en Ferrara, debe temerlo todo de mi venganza.

r. (¡Gran Dios! ¡Qué habrá sucedido!)

?. Querida María, dile...

?. No le digais mas que lo que yo os he dicho. Eleonor, no me obligueis á ser severo; es preciso que esto no se sepa, y si haceis concebir á Torcuato la menor esperanza... Condesa, llevad la carta, y no os olvideis

(1) *Dictando.*

de repetirle que si se empeña en permanece en Ferrara debe temerlo todo de mi just resentimiento. Id, yo os lo mando.

ESCENA IV.

El Duque *y* Eleonor.

Duq. Vamos, hermana, tranquilizaos; yo sé que es una pasion, y me figuro cuál será estado de vuestra alma; pero dejaos diri por mí. El conde Zabello no tardará en ll gar; id á preparaos para recibirle.

Ele. (¡Pensar en bodas en el momento en q el desgraciado Torcuato se ve abandona de todo el mundo! Pero tal es el rigor mi suerte, que no puedo detener el gol que le amenaza; obedezcamos al destino.)

ESCENA V.

El Duque.

Nunca hubiera pensado que mi hermana hum llara su natural orgullo hasta el estremo prometer á Torcuato partir con él su miseri ¡Ah! Tal es el imperio de las pasiones, q el corazon mas virtuoso puede ceder un m mento á sus encantos, y olvidar... ¿Qué q reis, Salviati?

ESCENA VI.

El Duque *y* Salviati.

Sal. Vengo á avisar á V. A. que el enviado estraordinario del duque de Mantua acaba de llegar. He cumplido vuestras órdenes haciéndole todos los honores militares: ahora me parece que os toca á vos...

Duq. El maestro de ceremonias vendrá á avisarme cuando sea tiempo.

Sal. Parece que estais agitado. Señor, ¿será tal vez porque el Tasso no ha venido á visitaros esta mañana? Aun se dicen de él cosas muy singulares...

ESCENA VII.

Dichos y María.

Duq. ¡Cómo! ¡María, habeis visto ya al Tasso! ¡Qué teneis, estais pálida!

Mar. Dejad que tome aliento; es tal mi conmocion... Aun me parece ver á ese desgraciado jóven...

Duq. ¿Qué ha sucedido?—Salviati, id á esperarme con mis oficiales; al instante voy.

ESCENA VIII.

El Duque *y* María.

Duq. Hablad, María: tengo justas razones par estar irritado con Torcuato: ha engañad mi confianza; ha herido mi honor; pero l amo, y aun me interesa su suerte.

Mar. Llegué á su cuarto, y apenas me vió corrió á mi encuentro con una impacienci que no os puedo pintar; conoció en mi tris teza que mi visita era funesta, y tomó tem blando la carta, la abre, y grita alborozado "Es su letra;" pero bien pronto inclinó s cabeza sobre el pecho diciéndome: "¿Y Eleonor la que me escribe asi?"

Duq. La carta debia producir ese efecto en alma tan apasionada como la suya.

Mar. Aun falta mas. Deseosa de cumplir vue tras órdenes, y temiendo al mismo tiem irritarlo, me acerqué á él con timidez, y dije temblando lo que me mandásteis; p ro apenas habia pronunciado estas pal labras, "que si mañana no salis de Fe rara, debeis temerlo todo de su venganza se levanta como un loco, y pone mano á espada gritando: "Me echa de su palacio ¡ah! ¡si no fuera hermano de Eleonor!. Ella tambien es una pérfida." Despues pasea con agitacion por su cuarto pronu ciando palabras sueltas, maldiciendo su fo tuna, implorando la muerte... Al fin, ren do, desfiguradas sus facciones, dando g

tos espantosos, cae á mis pies sin fuerza y sin conocimiento.

Duq. ¡Oh, María! Ocultad á mi hermana este funesto acontecimiento; pero en fin...

Mar. A mis voces llegaron varios criados á socorrerlo, y por último le he dejado en poder de Florella y de su madre, que acababan de llegar, y que aumentaron mi pena con su llanto y su desesperacion.

Duq. Siempre temí que su orgullo irritado... pero no pude preveer que semejante accidente... ¡ah! ¡cuánta precaucion se necesita para gobernar estas almas de fuego! María, os lo repito, ocultad á mi hermana este triste suceso. Hoy debe dar su mano al duque de Mantua, y es preciso que disimule todas sus penas; ya está la corte reunida: avisad á mi hermana que aqui debe recibir al enviado del príncipe.

ESCENA IX.

MARÍA.

, no hay duda; la prudencia exije que se le oculte todo.

ESCENA X.

ELEONOR, MARÍA *y* DAMA.

le. ¡Ah, María! ¿Eres tú? ¿Dime, has visto á mi desgraciado amigo?

ar. Sí señora, le he visto.

Ele. ¿Qué te dijo al recibir la carta? Sin duda su indignacion...

Mar. En efecto, me pareció que estaba afligido; pero...

Ele. ¿Qué es eso, María? ¿Estas turbada, temes responderme?

Mar. No lo creais; nada de eso; venia á avisaros que os prepareis á recibir aqui al enviado del príncipe.

Ele. ¿Y he de admitir la mano de un príncipe que no he visto jamas, sopena de causar la desgracia de Torcuato, de comprometer acaso su vida... Es fuerza borrar de mi corazon el único sentimiento que ha halagado hasta hoy mi existencia... ¡Ah Torcuato! No, este corazon no ha cambiado; si falto á los juramentos que me arrancaste en un momento de delirio, no acuses al orgullo de mi clase: ¿con qué gozo hubiera yo dejado todo el esplendor de la grandeza por unir mi suerte á la tuya? Pero yo hubiera querido seguirte sin hacerme culpable, y sin atraer sobre mi casa el infortunio y el deshonor.

ESCENA XI.

Dichas y Florella.

Flo. Quiero entrar, quiero hablar á la princesa.

Ele. Florella: hija mia.

Mar. (¡Dios mio! ¡Todo se lo va á contar!

Flo. ¡Ay, señora, qué desgraciada soy!

Ele. ¿Qué te ha sucedido?

Flo. Qué señora, ¿no os han dicho que mi amigo, mi protector, desesperado por una carta que le habeis escrito, está con unas convulsiones que sin nuestro auxilio acaso le hubieran acarreado la muerte?

Ele. ¡Gran Dios! ¿Y tú me has ocultado?...

Mar. He debido hacerlo, señora, para evitaros un sentimiento; pero ya debeis estar tranquila, pues ha vuelto en sí

Flo. Sí, es verdad que ha vuelto en sí; pero mi madre dice que su estado es mas terrible ahora. Todas las personas que le rodean estan en la mayor afliccion, y yo no sé la causa, porque me parece que está ya bueno. Solamente que cuando salí de su cuarto me pareció que miraba de un modo particular; y despues cuando estaba con nosotros no nos hablaba; á vos solo dirijia la palabra, como si estuvieseis alli; de repente se levantaba agitado, llevaba cada instante la mano á la frente como para arrancarse el mal; pero bien pronto, dirijiendo sus pasos hácia el interior del palacio, llegó á la sala inmediata, y conocí por la turbacion de su espíritu, por el desórden de sus palabras, y por la compasion que inspiraba á todos, la triste situacion en que se hallaba mi desgraciado amigo.

Mar. ¡Ah, señora! Si quiere presentarse aqui en ese estado, advertiremos á la guardia...

Ele. ¡Mi guardia contra el Tasso!... No, no; ejos de mí toda consideracion; que venga; que se acerque... aunque muera yo de dolor su presencia.

Mar. Aqui viene, señora.

Ele. ¡Dios mio! ¡Qué palidez, qué horroroso aspecto!

ESCENA XIII.

Dichas y el Tasso (1).

Ele. No hay duda; ¡infeliz Torcuato! ya no conoce á su amiga.

Tas. Pronto vendrá (2).

Ele. ¿Qué es lo que dice? Querido Torcuato ¿no conoceis á vuestra amiga, á vuestra Eleonor?

Tas. ¿Quién me ha hablado de Eleonor?

Ele. ¡Desgraciado! ¡Y soy yo quien le ha reducido á esta situacion!

Flo. ¿Y á mí no me decis nada, amigo mio Cuando me mirais asi, vuestros ojos me dan miedo.

Tas. ¡Pobre muchacha! Que tambien...

Flo. Señora, ya me conoce.

Tas. Pues bien, sí; tu acompañarás á la novia, tú le quitarás el ramo...

Mar. Solo la idea de vuestro casamiento ocupa.

(1) *El Tasso entra sin hablar, mira á todo el mundo sin conocer á nadie, y va á sentarse en la silla de la princesa: Eleonor sigue, y se coloca delante de él, para hacer que la vea.*

(2) *Sonriéndose.*

Ele ¡Gran Dios! ¡Habrá perdido la razon para siempre! ¡Desgraciada Eleonor!

Tas. Por qué hablais siempre de Eleonor; á medio dia es cuando debe venir. ¡Ah, cuando ella se acerque, yo lo conoceré! Sí; apenas se presenta siento latir mi corazon... no, no; todavia no viene; ¿no veis qué sosegado estoy? (1)

Mar ¡Ah, señora! Cuando el duque lo vea en este estado, estoy segura de que su piedad...

Ele Si él escita la piedad de mi hermano, que era ya su enemigo, ¡cuál será mi dolor, mi desesperacion!...

Mar. Es necesario que procureis ocultar el desórden que reina en vuestra alma: ¿qué pensaria la corte, vuestro hermano, el enviado?

Ele. ¡Y qué me importa lo que piensen de mí! Ya no quiero vivir mas que para llorar á este desgraciado...

Mar. Señora, el duque se acerca seguido de la corte.

Ele. Vienen á seducirme con la ostentacion de la riqueza, de los honores... ¡en tanto que este desgraciado!... Mira, María, ¿no ves en su rostro la inmovilidad de la muerte?

(1) *Tasso cruza las manos, fija los ojos, y parece insensible á todo lo que pasa.*

ESCENA XIV.

Dichos, el Duque, *la corte y pages con los regalos.*

Duq. Querida hermana, pronto vereis aqui a noble conde de Zabello, encargado por m hermano el duque de Mantua de presenta- ros los homenages, y... ¿el Tasso aqui?

Ele. (1) Sí, hermano mio. El Tasso no se ha li brado de la muerte que le habiamos prepara do sino para verse privado de la razon.

Duq. ¿Será cierto? (2) Torcuato, ¿qué os ocu pa en este momento? ¡Ah! ¡Cuánto me afli jís! Volved en vos... Un instante de seve ridad puede repararse (3). ¡Me mira sin res ponderme!..

Tas. ¿Quién me habla?

Duq. Un hombre que os ha querido siempre y os compadece.

Tas. (4) ¿Con que no sois vos del número d mis enemigos? ¿Conoceis al duque d Ferrara? Si me amais, si le conoceis, sa vadme de su venganza...

Duq. Os engañais: creed que él os ama todavi

Tas. ¿Veis este anillo? (5) Es el de mi adora da... ¡Cómo me abrasa!... ¡Eleonor! ¡Ele

(1) *Llorosa.*
(2) *Llegando hácia él.*
(3) *Le mira sin responderle.*
(4) *Levantándose.*
(5) *Llevándole á un estremo del teatro.*

nor!... ¿Por qué no respondes á mi voz?

Ele. ¡Desgraciado! Ya su voz me horroriza. ¡Ese terrible espectáculo me mata! (1)

ESCENA XV.

Dichos y Diputados *de Roma.*

Dip. Señor, venimos, segun ayer nos lo permitísteis, á ofrecer el homenage concedido á Torcuato por el Pontífice de Roma. Todo el pueblo, sabedor de esta noticia, se agolpa al rededor del palacio para contemplar á ese grande hombre.

Duq. ¡Mirad, mirad al grande hombre!

Dip. ¡Cómo! ¿Será cierta esa triste noticia? ¡Ah! Si el homenage de los romanos pudiera volverlo al amor de la gloria...

Alf. (2) ¿Qué quereis vos? ¿Quién sois?

Dip. Somos los diputados de Roma, que venimos en nombre del Soberano Pontífice á ofreceros esta corona *para que reciba de vos tanto honor como ha hecho á los que la han recibido antes que vos.*

Alf. ¡Me ofrecen una corona! ¿A mí? ¡Oh dicha!... ¡Querida Eleonor!... Alfonso, ya no te opondrás á que sea su esposo... Acercaos, venid, mostradme mi corona (3).

(1) *Cae sobre la silla en que estaba el Alfonso.*

(2) *Al diputado.*

(3) *El page presenta la corona al diputado.*

Dip. Miradla (1).

Tas. ¡Oh!... No es de oro... ¡Eso no es nada, nada mas que un laurel!... ¡Alfonso no consentirá!... ¡El laurel!... crece sobre la tumba de Virgilio... ¡De Virgilio! ¡Ah, si esta fuese su corona, bien vale tanto como la de un duque! Colocadla sobre mi cabeza; acaso Alfonso se engañará. — ¡Ah! con ella siento un consuelo... (2) ¡Cómo refresca mi frente!... ¡Ay! ¡Esta frente abrasada pronto la marchitará! ¿Pero dónde Está Eleonor? ¡Gran Dios! Y qué ¡traidor! ¿quieres arrancarme mi adorada ¡Reinaldo... Tancredo... Clorinda... armaos Eleonor, ¿y tú tambien?... Te arrastran a altar... Detente. ¿No ves delante de tí u espectro ensangrentado... lívido, que t presenta su mano... que te muestra su anillo... ¿Oyes cuál te grita? Eleonor, Eleonor tú eres mi esposa, ya no te perteneces... y no te perteneces...

Dip. La sonrisa brilla en sus labios: parec que imágenes mas agradables... (3)

Tas. ¡Eleonor!... Sí; tu serás feliz... ¿Ois es concierto de ángeles?... Silencio; silencio.. no hableis... ¿Ois esas voces que celebra mi himenéo con Eleonor? Musas, templad me el harpa de oro; yo tambien quiero can tar... Silencio... ¡Pero qué nueva emo

(1) *Presentándosela.*

(2) *Le ponen la corona.*

(3) *Sonriendo, estendidos los brazos como e éxtasis.*

cion!... ¡Qué repentina debilidad! (1) ¡Qué nuevos objetos se presentan á mi vista! (2) ¿Dónde estoy? ¿A qué tanta gente? ¿Qué aparato es este? ¡Ah! Esa que veo ¿no es... no es Eleonor?

Ele. (3) ¡Ah! ¡Ya me reconoce! Recobró la razon.

Duq. ¡Este es un funesto presagio!...

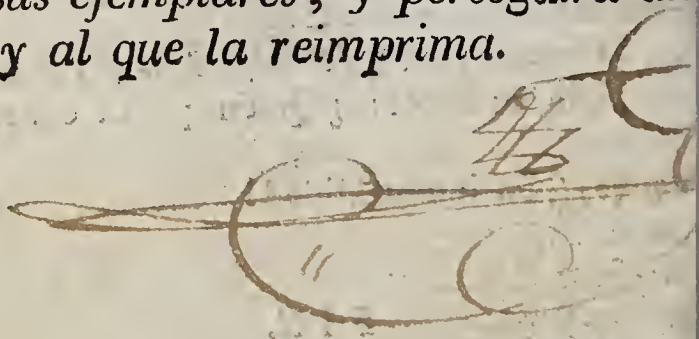
Tas. ¡Sois vos! ¡Sois vos!... ¡Al fin os vuelvo á ver! ¡Oh Dios mio! Dejadme vivir un instante mas para asegurarle que mi corazon... Pero no; una nuve oscurece mi vista... un frio helado corre por mis venas... ¡Eleonor!... tu mano... ¡Eleonor!... ¡Por qué me dejas morir!... (4)

Ele. ¡Gran Dios! ¡Ya se hielan sus manos!

Dip. ¡Dia de dolor! ¿Quién podrá consolar á la Italia?

Duq. (5) ¡Su inmortalidad!

FIN.

(1) *Se sienta.*
(2) *Recobrando su razon.*
(3) *Da un grito, y se arroja al Tasso.*
(4) *Cae sin movimiento en brazos del diputado.*
(5) *Con entusiasmo.*

Esta Comedia es propiedad legí-
ma de su Editor, quien rubricará t-
dos sus ejemplares, y perseguirá an-
la ley al que la reimprima.